

283-284 OPUSCULO DECIMOTERCERO. SOBRE LA PERFECCIÓN DE LOS MONJES. AL ABAD O. . . . DE POMPOSA Y SU CONVENTO.

ARGUMENTO.

En este pequeño libro, el autor asume el papel de maestro. Pues, tras lamentar las costumbres y prácticas corruptas de los monjes de su tiempo, los instruye con saludables preceptos hacia la perfección: les enseña qué deben evitar y qué deben abrazar para alcanzar la meta deseada de sus labores y la palma de sus combates. Y, de hecho, casi todo el texto se centra en invitarlos a amar ardientemente a Dios, dejando de lado los deseos terrenales, no por temor a los castigos, sino por su propia voluntad, y a guiarlos de la mano hacia la cima de las virtudes, la caridad. Una vez abierta esta senda real, se desvía hacia otros caminos de virtudes, como la paciencia, la humildad, la obediencia, la compunción, la penitencia y la contemplación, con las cuales el alma de cada monje, adornada como con gemas resplandecientes, aparece hermosa y bella no solo ante los ojos externos de los observadores, sino ante la mirada del espectador interno. Después de hablar en general a todos, finalmente advierte a cada uno en particular sobre su deber, instruyendo a los abades, priores y demás de cualquier edad para vivir bien y felizmente según la norma prescrita por los mayores.

Al venerable abad O. . . . y al santo convento, PEDRO, monje pecador, ofrece el servicio de su devotísima servidumbre.

Aunque el pobre deudor no pueda pagar todo lo que debe, se le excusa por ofrecer lo poco que tiene. A menudo, el campesino que había recibido dinero prestado, solo llevaba a su acreedor un regalo de verduras, y pronto regresaba liberado de su obligación. Así pues, yo, que debo mucho a vuestros beneficios, envío humildes letras; humildes, digo, por mi rusticidad, no por su género, ya que son fieles indicadoras de la voluntad divina y depositarias de los hechos antiguos y nuevos.

[SOBRE LA PERFECCIÓN DE LOS MONJES.]

CAPÍTULO PRIMERO. Sobre la disminución del fervor de la santa religión.

Por tanto, no ignoráis, mis hermanos, lo que digo con lamento, hasta qué punto ha caído el fervor santo, o más bien, cómo nuestro orden no deja de caer diariamente en decadencia, de modo que ya casi todos, olvidados negligentemente de los mandamientos, parecemos contentarnos solo con el hábito de esta profesión. Pues bajo la apariencia de religión vivimos mundanamente, y violando el espíritu de la disciplina, mientras nos disolvemos en las corrientes de las tentaciones, como degenerando de los títulos de nuestra nobleza, poseemos en vano el nombre de monjes. Como si un hijo ilegítimo se alegrara de ser considerado con el nombre de su padre, pero su condición degenerada lo excluyera de la herencia por ley. Pues tanto Ismael como los hijos de Cetura eran llamados indistintamente hijos de Abraham. Pero cuando se trató de los derechos de sucesión, toda la herencia fue entregada íntegramente al hijo legítimo Isaac; a los hijos de las concubinas solo se les dieron regalos. «Los brotes espurios, dice Salomón, no echarán raíces profundas (Sab. IV).» No toméis, os ruego, lo que digo como una injuria hacia vosotros. Sabéis bien que se acumula leña donde al menos se ve que queda una chispa de fuego; pero ¿quién sopla en vano donde se considera que el calor ha desaparecido por completo? Yo también, si no confiara en mejores cosas de vosotros por la gracia de Cristo, dejaría a otros y juzgaría superfluo dirigiros palabras de exhortación.

Por tanto, amadísimos, reuniros en fuerzas, con la ayuda de Cristo, y llevad su milicia, en cuyas armas habéis jurado, no perezosamente, no débilmente, sino más bien con fervor y virilidad, para que los rudimentos de vuestra conversación, que aún están en un cierto medio, no vuelvan a la nada, lo que Dios no quiera, por negligencia, sino que crezcan hasta la cima de la perfección por la insistencia de un fervor continuo. Recordad lo que se dice al ángel de la Iglesia de Sardis: «Sé vigilante, y confirma las cosas que están por morir; porque no he hallado tus obras perfectas delante de mi Dios (Apoc. III).» Porque no había encontrado sus obras perfectas delante de Dios, también declaraba que aquellas que ya se habían hecho bien estaban por morir. Pues si lo que está muerto en nosotros no se enciende a la vida, también se extingue lo que se tiene como aún vivo. Pierde, en efecto, lo que ha hecho, quien no completa lo que debe hacer. ¿De qué sirve que un cuerpo comience a formarse en el vientre materno, si no alcanza la plenitud del crecimiento natural? No os es desconocido de qué descendencia se dice: «La mujer, cuando da a luz, tiene tristeza, porque ha llegado su hora; pero cuando ha dado a luz al niño, ya no se acuerda de la angustia, por el gozo de que ha nacido un hombre en el mundo (Juan XVI).»

CAPÍTULO II. Que a menos que cada uno se esfuerce en completar lo comenzado, no puede llegar al amor de Dios.

Dios no aprueba una obra abortiva, quien examina los actos de personas y oficios, condiciones y órdenes en la balanza de una discusión prudente, y tiene diferentes pesas para cada orden. ¿Acaso no tenía una balanza adecuada para pesar las obras del rey, y había pesado sus actos, a quien escribía con el dedo en la pared: «Tu reino ha sido pesado en la balanza, y has sido hallado falto? (Dan. V.)» Y por eso se añadió inmediatamente: «Tu reino ha sido dividido, y dado a los medos y persas (ibid.).»

Si, por tanto, Dios todopoderoso les quitó el reino y la vida no por otro crimen, sino porque no encontró en él la plenitud de una buena obra, como correspondía a un rey; ¿qué se debe pensar de nosotros, que bajo la profesión monástica prometimos escalar las alturas de la perfección, y aún yacemos en el valle de nuestra imperfección bajo la pereza de la desidia? ¿Por qué el hombre no se esfuerza con todas sus fuerzas en cumplir lo que se le insta? Al menos para no perder todo lo que había ganado con trabajo pasado. Pues por mucho camino que alguien haya recorrido, ¿de qué sirve si no alcanza el lugar propuesto? Además, si alguien muy enfadado con el rey no puede volver a su favor de otra manera que pagando cien libras de plata, seguro de que después de pagar la deuda de la exacción real, no solo recibirá el favor, sino también las insignias de una gran dignidad; ¿no será un necio si permite que se pierdan las noventa y nueve libras que ya habían sido entregadas al tesoro público, a menos que se pague la única que quedaba de la cuenta? ¿No es mejor que se pague completamente lo poco que queda, y el hombre reciba el favor junto con la dignidad, que perder lo que se ha dado, y, lo que es más terrible, permanecer en la indignación del Rey?

Hemos dado, hermanos, para decirlo con confianza, hemos dado noventa libras de plata a nuestro rey Cristo, por cuya consideración hemos dejado nuestras posesiones, hemos despreciado el matrimonio, evitamos el consumo de carne, aborrecemos las pompas y la gloria del mundo, cambiamos el brillo del hábito secular por una vestimenta humilde. Estas cosas son grandes, arduas, lo confieso, y deben ser compensadas con los dones de la retribución celestial; pero aún queda algo para que se complete el peso prefijado, para que merezca ser admitido en el tesoro del Rey eterno. Preguntáis qué es esto: Se me ocurre de inmediato responderos. La obediencia, la caridad, el gozo, la paz, la paciencia, y las demás virtudes que enumera el predicador de las naciones (Gál. V). Pero quiero resumirlo brevemente, para que pueda adherirse más fácilmente a vuestra mente, y por ello más

firmemente. Así que no es otra cosa que fervor en Dios y mortificación en uno mismo. Pues si viviera en nosotros la sentencia apostólica que dice: «Llevando siempre en el cuerpo la mortificación de Jesús (II Cor. VI);» porque el amor carnal no tendría donde difundirse dentro de nosotros, necesariamente toda nuestra delectación se transferiría suspendida en Dios: y allí viviría nuestro fuego saltando, porque no tendría espacio para difundirse dentro de nosotros. En efecto, un hombre prudente, y muy atento a la custodia de su salvación, siempre vigila con tanta solícitud para reprimir los vicios, que con el cinturón de la mortificación perfecta ciñe sus lomos y riñones, el vientre junto con los costados por todas partes. Esto, sin duda, se hace cuando se reprime la gula que pica; cuando la lengua procaz se contiene en silencio; cuando el oído se cierra a las detracciones; cuando el ojo se prohíbe mirar lo que es ilícito; cuando se retiene la mano, para que no golpee imprudentemente, el pie para que no camine vanamente; cuando se resiste al corazón, para que no envidie la prosperidad de la felicidad ajena, para que no codicie por avaricia lo que no es suyo, para que no se divida del amor fraterno por la ira, para que no se eleve arrogantemente sobre los demás, para que no consienta en la delectación de la lujuria que titila, para que no se deprima excesivamente en la tristeza, o se disuelva en la alegría que adula. Porque, por tanto, la mente humana no puede vacar por completo, de modo que no se ocupe del amor de alguna cosa, cuando está rodeada por este muro de virtudes; que no se permite dilatarse en torno a sí misma, necesariamente se eleva por encima de sí misma.

CAPÍTULO III. Que es necesario cultivar la tierra de nuestro corazón, si queremos disfrutar de una posesión amplia.

Así pues, cuando nuestra mente comienza a descansar en su autor, y a gustar ya de esa dulzura íntima, inmediatamente rechaza todo lo que juzga contrario a la ley divina; aborrece todo lo que discrepa de la regla de la justicia suprema. De aquí nace verdaderamente la mortificación; de aquí se hace que el hombre, llevando la cruz de su Redentor, parezca muerto al mundo. Así pues, ya no se deleita en las necedades de las fábulas, no se complace en palabras ociosas; sino que se dedica a los salmos, himnos y cánticos espirituales, busca la reclusión, anhela el escondite; considera el claustro del monasterio como un foro público; se alegra en los rincones, explora los secretos: y para asistir más libremente a la presencia de su Creador, en cuanto puede, también evita las conversaciones humanas.

Este hombre, por tanto, después de haber derribado las ciudades de los enemigos, después de haber pisado y destruido los cuellos de los reyes que se escondían en la cueva; después de haber subvertido los reinos marítimos, campestres y montañosos, ¿qué queda ya, sino poseer la tierra de la promesa con el triunfador Josué en tranquila paz? de lo contrario, ¿de qué sirve que, habiendo dejado Egipto, hayamos pasado el mar Rojo dividido, si ahora estamos confinados en el desierto durante un espacio de cuarenta años, y ya no podemos volver a las ollas de carne, ni entrar en la tierra que mana leche y miel con derecho de posesión? Dormimos, roncamos, y bajo la pereza de la inactividad languidecemos.

Por tanto, con razón se nos dice en reproche, lo que se dice que Josué dijo a las siete tribus que aún no tenían posesiones: «¿Hasta cuándo, dice, languideceréis en la pereza, y no entraréis a poseer la tierra que el Señor Dios de vuestros padres os ha dado? (Josué XVIII).» En verdad, es un soldado necio quien se esfuerza por vencer, si no se ha esforzado antes por luchar; es demasiado delicado si se esfuerza por obtener la victoria antes de salir a la batalla. El agricultor se engaña a sí mismo si, antes de haber sudado sembrando, ambiciona trillar; pues está claro que quien desea recoger el grano, primero debe necesariamente arrancar los arbustos junto con las zarzas. Y en verdad, por la voz divina se dice al hombre pecador: «Tu tierra producirá espinas y cardos (Gen. III);» pero para que esta tierra pueda ser fértil en

cosechas, debe ser paciente antes de los azadones y arados; para que, cultivada por diversas aflicciones y disciplinas de perfecta penitencia, se adorne con la fecundidad de todas las virtudes, como con el abundante fruto de las cosechas.

A esta agricultura, de hecho, Josué instaba típicamente a los hijos de José, cuando, quejándose de la pequeña porción de tierra, les decía: «Si eres un pueblo numeroso, sube al bosque, y córtate espacios en la tierra de los ferezeos y de los refaítas, porque la posesión del monte de Efraín es estrecha para ti (Josué XVII).» Pues, para referir el asunto a lo que más se aproxima, no incongruentemente, se confinó en la estrecha posesión del monte de Efraín, quien decidió contentarse solo con la regla de San Benito. Pero escucha cómo el nuevo Josué te impulsa al monte, y te manda apresurarte hacia espacios más amplios de posesiones: «Hemos escrito esta regla, dice, para que observándola, mostremos tener al menos la honestidad de las costumbres, o el inicio de la conversación.» He aquí el monte de Efraín. Pero como percibió que aquí la posesión era estrecha, inmediatamente te envía a lo más alto y a lo más amplio: «Sin embargo, quienes se apresuran hacia la perfección, son las doctrinas de los santos, o las conferencias e instituciones de los Padres,» y otras cosas: que, como sabemos que os son muy conocidas, juzgamos superfluo añadir aquí.

CAPÍTULO IV. De aquellos que imitan el ejemplo de los gabaonitas.

Pero, oh, ojalá, ya que tibios y degenerados no nos esforzamos por lo más alto, al menos surcáramos diligentemente las estrecheces de este pequeño monte; para que ningún ángulo de los mandamientos en la misma regla se ocultara bajo la negligencia, que el arado de nuestro trabajo y ejercicio no surcara. Pues dondequiera que vemos preceptos más duros o por muy altos que sean, tememos introducir allí el arado de nuestro sudor, como en un monte escarpado o en una piedra viva. Queremos, en efecto, ser contados entre las filas de los soldados, pero no nos preocupamos por tener las insignias de las virtudes. Ante los ojos de los hombres, mostramos la imagen de la honestidad, pero en la presencia del Juez oculto descuidamos tener la verdad. Algunos, de hecho (lo que no puedo decir sin gemir), pasan al orden de la nueva religión de tal manera que nunca abandonan la vetustez de la vida pasada: estos son, sin duda, gabaonitas, no israelitas. Es bien sabido que los gabaonitas, aterrorizados por el temor a la muerte, acudieron al pueblo israelita con fraude y astucia, de modo que se vistieron con ropas viejas, llevaron panes secos, odres, sacos, calzado, y todo envejecido: a quienes, después de obtener el pacto, se les perdonó la vida, y consecuentemente también se descubrió el fraude: a quienes Josué, al descubrir el engaño, condenó bajo maldición, y los constituyó portadores de agua y cortadores de leña por derecho perpetuo (Jos. IX).

¿Quiénes son, pues, los gabaonitas que pasan a los israelitas por temor a la muerte, sino aquellos que acuden a la milicia del servicio divino no por amor a la perfección, sino aterrorizados por la enormidad de sus pecados? Pero algunos de ellos, cambiados de vestimenta, no de mente, llevan panes secos para comer, porque aún desconocen los ázimos de la sinceridad y la verdad (II Cor. V). Se cubren con vestiduras viejas, porque aún constituidos en el hombre viejo, no saben revestirse del nuevo, que según Dios es creado en justicia y santidad de la verdad (Efes. IV). Finalmente, todo lo que llevan parece envejecido, porque perseveran en los vicios de la vida pasada, no obedeciendo al Apóstol que ordena: «Renovaos en el espíritu de vuestra mente (ibid.);» ni les conviene aquella sentencia que dice: «Las cosas viejas pasan, y he aquí que todas son hechas nuevas (II Cor. I).» Pues viniendo superficialmente a la novedad, en realidad persisten en la vetustez; porque no muestran en sus costumbres la enmienda y la nueva conversación. Tales, por tanto, son castigados con maldición, y de ninguna manera son admitidos a heredar con los israelitas. No son del número de aquellos a quienes se dice: «En esto habéis sido llamados, para que

poseáis la bendición por herencia.» El agua es insípida, y la madera es dura. Por tanto, se les ordena cortar leña y llevar agua; porque, ignorantes del gusto de la inteligencia espiritual, están ocupados en los duros e insensibles negocios del ejercicio exterior. Así, pues, parecen conferir alguna utilidad a la Iglesia sirviendo en lo exterior: pero porque viven servilmente, no pueden poseer la herencia entre los israelitas.

CAPÍTULO V. De aquellos que tienen la figura de los que están destinados a maldecir en Hebal.

Sin embargo, algunos de estos, si son frecuentemente amonestados, si se les aplica la severidad de la corrección, si se les propone una pena grave, si finalmente se les amenaza con el terror del juicio tremendo, pasan de la servidumbre a la libertad, y se levantan para tomar con los demás los derechos de la posesión hereditaria. El tipo de estos lo sostuvieron aquellas tribus que, primero por mandato de Moisés, luego por ejecución de Josué, fueron destinadas a maldecir. Así lo atestigua la Escritura: «Todo el pueblo, y todos los ancianos, los jefes y los jueces estaban de pie a ambos lados del arca en presencia de los sacerdotes que llevaban el arca del pacto del Señor, tanto el extranjero como el nativo: la mitad de ellos junto al monte Garizim, y la otra mitad junto al monte Hebal. Los que estaban junto a Garizim bendecían a los que cumplían la ley; los que estaban junto a Hebal maldecían a los transgresores de la ley (Deut. XXVII; Jos. VIII).» ¿Qué designan, pues, estos que cumplen el oficio de bendición, sino aquellos, sin duda, que no por temor a los castigos, sino por la esperanza de las recompensas celestiales, y por amor a la perfección, acuden a los servicios divinos, y bendicen continuamente a Dios con las obras de la santa conversación? ¿Qué, sin embargo, aquellos que están destinados a maldecir, sino aquellos que no arden en amor a la perfección, no anhelan el deseo de la gloria celestial, sino que solo observan lo que está prescrito en la ley para evitar las penas del infierno?

Por tanto, fueron enviados a maldecir, para que mientras maldicen, vuelvan a la conciencia, y considerando las penas establecidas en las Escrituras para los pecadores, se contengan del pecado al menos por temor. De aquí es, en verdad, que aquellas tribus que fueron destinadas a bendecir son más nobles, a saber, los hijos de las esposas; pero las que fueron destinadas a maldecir, son innobles, como los hijos de las siervas, es decir, Gad y Aser, Dan y Neftalí, entre los cuales estaba Rubén, que había mancillado el lecho de su padre, y Zabulón, el último de Lea.

Sin embargo, es de notar que todos se refieren a haber estado alrededor del arca del pacto, porque todos, tanto nobles como innobles, y por tanto, tanto tibios como fervientes en el amor de Dios, no se apartan de la santa Iglesia. Esto, sin embargo, fue mandado por Moisés, pero mucho después fue completado por Josué en ejecución. ¿Qué se figura por Moisés sino la ley; qué por Josué sino el Evangelio? La bendición, por tanto, debida a los justos, y la maldición impuesta a los pecadores, no solo la había predicho la antigua ley, sino que la gracia de la novedad evangélica la manifiesta. Pero aunque estos sean nobles, y por tanto gocen del oficio de bendición: aquellos más innobles y aterrorizados por el temor de la maldición; porque, sin embargo, luchan unánimemente contra los enemigos, porque con la instancia común del trabajo se esfuerzan por reclamar la tierra prometida, todos juntos son admitidos a las suertes, y no con un derecho diferente se hacen coherederos entre sí. Sin embargo, es mucho más claro que seamos encontrados fervientes y robustos, distinguidos con los títulos de los nobles, que ser llamados blandos en algo, marcados con la ignominia de la innobleza.

Fugamos, por tanto, a los Hebeos, despreciemos aún más a los gabaonitas, para que ni la condición servil nos deprima al estar implicados en asuntos exteriores, ni el temor al infierno nos constriña, llevándonos a la pereza entre los hijos innobles de la desidia. Reivindiquemos nuestra herencia con las armas de las virtudes, para que extendamos los límites de nuestra posesión con el sudor de un cultivo constante. Pero tal vez algunos perezosos respondan lo que la Escritura recuerda que dijeron los hijos de José en aquel entonces: «No podremos, dicen, subir a las montañas, ya que los cananeos que habitan en la tierra llana usan carros de hierro (Jos. XVII).» Buscan ciertamente lo alto, pero temen a los que habitan en lo bajo; porque se esfuerzan por apresurarse hacia la cima de las virtudes, pero desconfían de poder superar el conflicto de los vicios carnales; sin embargo, no se les permite descansar ignominiosamente, sino que se les responde de inmediato: «Eres un pueblo numeroso y de gran fortaleza, no tendrás una sola suerte, sino que pasarás a la montaña, y cortarás para ti, y limpiarás espacios para habitar, y podrás avanzar más allá (Jos. XIII).» Más aún, para infundir audacia a los tímidos, el mismo Dios omnipotente clama: «Yo soy, dice, quien los borraré de la faz de Israel.» Y Josué exhorta a los guerreros de la milicia celestial, prometiendo una fácil victoria sobre los enemigos: «No temáis, ni os asustéis: fortaleceos y sed valientes; porque el Señor destruirá a todos vuestros enemigos, contra quienes lucháis (Jos. X).»

CAPÍTULO VI. De aquellos que, al establecer la perfección solo en la conversión, no imponen penitencia a los conversos.

Además, amadísimos, para hablaros como a cómplices y unánimes en Cristo, sabemos que en muchos monasterios se mantiene una cierta costumbre que humildemente os aconsejamos abandonar. Algunos rectores de hermanos, otorgando más a la regla monástica de lo que conviene, no imponen otra penitencia a quienes vienen del mundo, incluso si han caído gravemente, sino que solo les ordenan observar el orden común del monasterio, lo cual, quien sea sabio, entiende cuán inconsiderado, inhumano y completamente indiscreto es. Estos, sin duda, colocan a sus oyentes en la ignominia de los hebalitas, al quitarles el fervor de la penitencia, al no enseñarles a ascender a lo alto por amor a la perfección después de haber saldado la deuda, sino a languidecer siempre constreñidos por el terror de las penas y obligados por la cautela del interés; para que no bendigan al Señor con seguridad con aquellos que están junto a Garizim, sino que teman más bien las flechas de las maldiciones con los hijos de las esclavas alrededor de Hebal. Quien hace esto, no considera la diferencia entre diez mil talentos y cien denarios. Pues si se observa el derecho de discreción, cuanto más se agrava uno por las ofensas, más debe ser gravado con el peso de la satisfacción. Más fácilmente se libera el deudor que ha pedido prestada una onza, que aquel que ha tomado una libra; ni debe ser castigado con la misma enmienda quien robó una oveja, y aquel que robó un buey.

Pues si atendemos diligentemente, encontramos que los mismos apóstoles, príncipes de nuestra disciplina y guías del dogma cristiano, tuvieron entre sí una diferencia de labores según las culpas de la vida anterior. Pues Pablo, porque se mezcló cruelmente en la muerte de Esteban (Hechos VIII), soportó más castigos de pasión que los demás; Pedro, sin embargo, lavó las manchas del matrimonio con la sangre del martirio (II Cor. XI) [Ver escolios al final del opúsculo]; pero Juan, porque fue elegido virgen (Juan XXI), fue amado más que todos los demás; y como fue apartado del mundo en la infancia y no pecó gravemente, no sufrió las penas del martirio (I Cor. XV), sino que migró suavemente y en paz como durmiendo. Y cuando aquel ilustre predicador dice: «Yo soy el menor de los apóstoles, que no soy digno de ser llamado apóstol, porque perseguí a la Iglesia de Dios (I Cor. IX);» cuando castiga su cuerpo y lo somete a servidumbre (I Cor. IV); cuando, lo que concede a otros, él mismo no

recibe nada del Evangelio, sino que vive de los trabajos de sus manos; cuando trabaja más que todos, y sin embargo teme no haber alcanzado (Filip. III): si él, digo, entre tan magníficas obras de virtudes no confía aún en el apostolado, ¿qué presunción tenemos nosotros, infelices y miserables, de nuestro monacato de desidia? Cualquiera que huya a esta orden de religión, pone fin a los males.

Pero, ¿de qué sirve desistir de la perpetración de pecados, si no se esfuerza también por borrar con la satisfacción de una penitencia estricta los mismos que han sido perpetrados? Pero como tal vez no se me crea, investiguemos qué dice al respecto el bienaventurado papa Gregorio en el libro Pastoral, donde afirma: «Deben ser amonestados aquellos que abandonan los pecados, pero no los lloran, para que no consideren ya perdonadas las culpas, que aunque no multiplican con acciones, no limpian con lágrimas.» Estas cosas están allí expuestas con una razón tan plena y evidente, que quien las lea diligentemente no podrá dudar más sobre este asunto; nosotros, sin embargo, no añadimos más a esto, porque evitamos el tedio de la prolijidad. Y en verdad, ¿cómo puede estar seguro de la remisión de su culpa quien, viniendo al lugar de penitencia, no observa la penitencia?

Pero tal vez se objeta que, además de lo que es común, no se ordena en la regla un ayuno especial para cualquiera que venga del mundo. A lo cual respondemos fácilmente: porque San Benito ciertamente dio sus preceptos a los monjes, pero no destruyó los cánones sagrados que juzgan a los pecadores, sino que afirmó todos los escritos católicos: claramente dio preceptos de vida a los conversos; pero no otorgó penitencia a los pecadores, de lo contrario pueden murmurar y quejarse con justicia tanto aquellos que vienen en la infancia, como los que llegan a la conversión custodiados de graves pecados, si se les obliga a mantener el mismo modo de vida que aquellos que están cargados de crímenes. Pues si nunca debemos ayunar de otra manera, ni hacer otra penitencia, sino la que se prescribe en la misma santa regla, ¿por qué se ordena allí (S. BEN. Reg., cap. 53): «Que el ayuno sea roto por el prior por causa de los huéspedes, a menos que sea un día especial de ayuno?»

Vamos, lee, recorre, revisa las hojas, investiga diligentemente, y muestra dónde se ordena por la autoridad del santo doctor ese día especial de ayuno que aquí se menciona de paso; y cuando no puedas encontrarlo, confiesa necesariamente que el santo varón no quiso que observáramos solo lo que escribió, y que al establecer sus edictos no anuló los de los Padres precedentes. Pero para que nadie me acuse de temeridad, como si juzgara y menospreciara el sagrado orden, nosotros atribuimos tanto a la santa profesión, que confesamos que es el segundo escalón del orden apostólico, y también el segundo bautismo. Pero digo lo que se ha dicho, cuando el príncipe de los apóstoles dice a algunos que quieren venir a la conversión: «Haced penitencia: y bautícese cada uno de vosotros (Hechos II);» ¿con qué mente, pues, está seguro quien descuida llorar las culpas pasadas, cuando el mismo sumo pastor de la Iglesia creyó que debía añadirse pena a este sacramento, que principalmente perdona los pecados? La santa regla, sin duda, está dispuesta con tal arte de discreción, especialmente temperada con tal equilibrio de moderación, para aquellos que abandonan el mundo por deseo espontáneo y amor a la perfección, no para aquellos que, aterrados por la enormidad de sus crímenes, se ven obligados a huir necesariamente. Para aquellos, digo, que vienen por amor a la obediencia, no para aquellos que son arrastrados por el temor al infierno: para los que desean aumentar la gracia, no para los que prevén evitar la venganza. Esto se recoge claramente al principio del libro, si se observa sutilmente a quién dirige sus palabras el Espíritu Santo.

Digo el Espíritu Santo. Pues el santo varón, cultivador de tanta humildad, no se apresuró a romper en palabras, usurpando la cátedra del magisterio, y especialmente el privilegio de un

padre piadoso, diciendo (S. BENED. Reg., cap. 1): «Escucha, hijo, los preceptos del maestro, e inclina el oído de tu corazón, y recibe con gusto la admonición de un padre piadoso.» Pero aquel hizo de su siervo el órgano de su propia voz, quien de manera similar comenzó a clamar al inicio del vaticinio incipiente a través de Isaías: «Hijos, dice, he criado y exaltado (Isa. I).»

Veamos, pues, cuando comienza a escribir, a quién dirige sus palabras, a qué género de hombres dirige toda la fuerza de la elocución que seguirá; dice (S. BENED. Reg., cap. 1): «A ti, pues, ahora se dirige mi palabra, quienquiera que renunciando a tus propias voluntades, asumes las armas fortísimas y preclaras de la obediencia para militar al verdadero rey, Cristo el Señor.» Por tanto, cuanto podemos recoger de las palabras del santo varón, se reconoce que esta escuela de la regla fue instituida más para aprender la obediencia que para realizar la penitencia; no para excluir a pecadores o justos, ni para rechazar un género de hombres; sino porque establece toda su fuerza e intención en enseñar los preceptos de la obediencia.

Sin embargo, mientras escribimos esto, no ignoramos que ofendemos a algunos hermanos, a saber, aquellos que piensan que tanto la absolución de los crímenes como la clausura de las virtudes consisten solo en la conversión; pero nos basta responder que, mientras decimos esto, no queremos, según el Apóstol, poner lazos a nadie, sino que solo provocamos a lo que es bueno (I Cor. VII). ¿Por qué, entonces, prolongar tanto esto, ya que no parece ajeno, lo expondré. Cierta vez vino a nosotros del monasterio, confesó lo que había cometido en la vida laica. Por lo demás, se le debía una penitencia de setenta años, si recuerdo bien, según nos parecía por la sentencia de los sagrados cánones. Pero ya llevaba casi siete años en el hábito de la religión; y cuando preguntamos cuánto había hecho ya de penitencia por esos pecados, respondió: al señor abad le había confesado todo, pero que, además de la observancia común del monasterio, no le había impuesto ninguna penitencia; porque afirmó que la sola conversión bastaba plenamente para la absolución de todos sus pecados. ¿Qué puedo decir? Confieso que el asunto me disgustó mucho; desprecié, me horroricé, y clamé que el hombre estaba engañado: sin duda quien aún no había comenzado la penitencia, que ya podría haber tenido consumada por diversos modos de aflicciones.

CAPÍTULO VII. Que es mejor hacer lo que se ordena por autoridad, que lo que se concede misericordiosamente.

Pero a vosotros, carísimos, que os desagraden estas y muchas otras cosas que los hombres engañados, mientras creen que actúan correctamente, ignoran: y para que en otras cosas que no deben hacerse, podáis corregir con libre autoridad, mostrad evitando cautelosamente lo abominable. Pero para volver a aquello, la santa regla fue hecha como una casa amplia, capaz y espaciosa para acoger a todos los géneros de hombres, a saber, niños y ancianos, fuertes y débiles, delicados, diversos en la desigualdad de sus costumbres. No debemos, por tanto, engañarnos a nosotros mismos con una vana seguridad, ni arrogarnos toda la clemencia de la regla como si fuera para nuestros usos licenciosos. Aunque el camino público está abierto a todos los viajeros, es un viajero indiscreto quien intenta ocuparlo todo con pasos abiertos. La fuente es de todos, que fluye en medio; pero actúa insolentemente quien desea reclamarla toda para sus propios usos. Así decimos y exhortamos sobre la remisión de la santa regla, que cada hermano, que está preocupado por su salvación, vuelva a la conciencia de su posibilidad, y de la remisión de la regla no asuma para sus propios usos tanto lo que es lícito, como lo que la necesidad exige. Pues una cosa es lo que se ordena por autoridad, otra lo que se concede misericordiosamente. Pero lo que se ordena, no se descuida sin pecado; lo que se concede, es bueno si se omite, no es malo si se cumple. Pero si examinamos diligentemente las palabras de la misma regla, lo que queremos decir, lo aprobamos más fácilmente. Pues

cuando dice en algún lugar (S. BENED. Reg., c. 41): «Condescendiendo a la debilidad de los enfermos, creemos que una mina de vino es suficiente para cada uno por día; pero aquellos a quienes Dios concede la tolerancia de la abstinencia, sepan que tendrán su propia recompensa.» ¿Qué otra cosa dice del vino a los monjes, que lo que el Apóstol dice del abrazo común a los cónyuges? «Esto lo digo, dice, según indulgencia, no según mandato (I Cor. VII);» donde añade: «Pero quiero que todos los hombres sean como yo mismo; pero cada uno tiene su propio don de Dios, uno de una manera, otro de otra (Ibid.).»

Por tanto, el Apóstol quería una cosa, y permitía otra. Quería, sin duda, que todos los hombres fueran como él mismo, es decir, ajenos a los negocios conyugales: pero como no podía persuadir esto a todos, obligado por la necesidad, permitía el matrimonio; juzgando mejor que yacieran en el lecho de las nupcias, como enfermos, que al caer en el abismo de la lujuria, rompieran sus cuellos. Pero bienaventurado quien escucha al Apóstol ordenando lo que quiere, no perdonando lo que no quiere. Así, el autor de la santa regla, con el examen equilibrado de la discreción, ordena unas cosas por autoridad, permite otras por necesidad de los frágiles. Pues cuando dice (S. BENED. Reg., c. 48): «Aunque leemos que el vino no es en absoluto para los monjes;» y en otro lugar (cap. 49): «Aunque en todo tiempo la vida del monje debe tener la observancia de la Cuaresma, sin embargo, porque esta virtud es de pocos,» y muchas cosas similares; ¿qué es sino como si dijera: muestro lo alto, pero viendo que aún cojeáis con rodillas tiernas, os conduzco por lo llano; pero si a alguien le llega el vigor de la posibilidad, abandone lo bajo que concedo a regañadientes, y mantenga lo alto que quiero? Sin duda, es mejor salvar el alma en Segor, que ser consumido en el fuego sulfuroso de Sodoma. Es mejor casarse que arder (I Cor. VII). Pero cuán más glorioso es ascender a las montañas, que yacer en la oscura ignominia de la pequeña Segor.

Y para volver a lo que es nuestro, ciertamente es mejor vivir incluso perezosamente en el orden espiritual, que perecer completamente en la conversación mundana. Pero cuán más elegante es eliminar rápidamente todos los portentos de los vicios, y apresurarse con deseo ardiente a la cima de las virtudes, que dormir en la sola seguridad del orden asumido bajo el tiempo de la desidia. Como si el promulgador de la santa regla dijera a sus oyentes: Recibiendo lo que concedo, no pecáis, pero no recibéndolo, tenéis recompensa: pues con la misericordia admitida no incurris en pena, pero dejándolo por Dios alcanzáis la corona: y esto ciertamente no deprimidos por un crimen especial; de lo contrario, quien se recuerda haber cometido lo ilícito, debe ahora, en cambio, abstenerse de lo lícito: y quien cometió con soberbia lo prohibido, debe ahora humildemente renunciar a lo concedido. Pues muchos, viviendo suavemente y con delicadeza, si alguna vez se les persuade a emprender siquiera un poco del instituto de un camino más estrecho, inmediatamente presentan un razonamiento de defensa, cuando alguno de ellos dice: Vivo, dice, como se me ordena, mientras uso de las cosas concedidas, conservo los mandatos de mi ley: luego, como si quisiera contender desde lo alto como vencedor, se lanza a la audacia. ¿Acaso, dice, la regla me quita la licencia de estas y otras cosas semejantes? ¿Acaso no me concede esto y aquello? Pero quienquiera que contienda estas cosas, aún no ha aprendido a discernir entre la voluntad y la necesidad del escritor: y no ha conocido que unas cosas las permite según indulgencia, otras las ordena según mandato.

Este, por tanto, morirá en el desierto, porque mientras habita ignominiosamente en los placeres de su carne, no suda en las luchas de los trabajos para obtener la tierra de su derecho; o cuando, con los rubenitas y galaaditas, se fija antes de cruzar el Jordán, y por eso no merece poseer la tierra de leche y miel después del triunfo con las otras tribus, ha puesto el término de su intención: y porque aún en la expedición, ya cree habitar en casa, no alcanza la cuerda de su herencia, donde está el verdadero descanso y la tranquilidad segura.

CAPÍTULO VIII. De la vida activa y contemplativa, bajo la figura de Lía y Raquel.

Toda nuestra conversión y renuncia al mundo tiende a nada más que al descanso; pero este descanso se adquiere así, si primero el hombre se ejercita en diversos trabajos de luchas, para que, cesando después todo ruido de perturbaciones, el alma sea transferida por la gracia de la contemplación a indagar la especie de la verdad. Pero como a este descanso, como se ha dicho, no se llega sino a través de trabajos y luchas, ¿cómo puede alguien llegar al descanso, quien aún no ha descendido a las mismas luchas que están en medio? ¿Cómo puede alguien entrar en el palacio real, si aún no ha atravesado la arena que está ante las puertas? Quien no ha aprendido a propagar, quien no ha cortado los sarmientos de las vides, quien nunca ha roto los terrones con azadas, quien no ha surcado los campos nuevos con arados, ¿cómo podrá, habiendo sacudido la paja, almacenar el grano en el granero, o mover las bodegas llenas de mosto?

Por cierto, no es oscuro que Labán tuvo dos hijas, de las cuales Jacob deseó en matrimonio a la menor, pero no pudo llegar a sus abrazos hasta que, ignorante y por tanto a regañadientes, aceptó a la mayor. Pero como hablo a quienes saben, no necesito elaborar con muchas palabras. Labán, en efecto, se interpreta como blanqueo. ¿Quién se convierte a Dios, sino para que, despojado de la negrura de los pecados, sea blanqueado por la gracia del perdón? Como él mismo promete diciendo: «Si vuestros pecados fueran como el carmesí, serán blanqueados como la nieve (Isa. I).» Lo que aquel feliz pecador pedía, cuando decía: «Seré purificado, me lavarás, y seré más blanco que la nieve (Sal. L).» Lía se interpreta como laboriosa; Raquel, como palabra, o visión del principio. Pero si atendemos diligentemente a la Escritura, no encontramos que Jacob sirviera ni un solo día por el deseo de Lía, sino que durante todas aquellas semanas de años estuvo sujeto a servidumbre solo por Raquel; además, soportó a Lía en vista de aquella. ¿Quién se convierte a Dios para sufrir trabajos y penas, y luchas de tentaciones? Toda la intención de quien busca a Dios espera esto, apunta a esto, para que llegue alguna vez al descanso; y en el gozo de la contemplación suprema, como en los abrazos de la hermosa Raquel, descanse; es decir, para que por la palabra que escucha, ascienda a ver el principio que buscó.

Pero es necesario que este trabajo de diversos combates se ejerza, antes de que alcance la dulzura de la paz interior que anhela. Primero es oprimido por la servidumbre, para que luego con derecho sea elevado a los títulos de perfecta libertad. En verdad, sirve siete años bajo la gracia del blanqueo, cuando guarda los siete mandamientos del Decálogo que pertenecen al amor al prójimo: a saber, que, constreñido por el temor inicial, y por ello oprimido bajo el yugo de la servidumbre, al menos comience con las instituciones de la antigua ley (Éxodo XX), para que honre a sus padres, no cometa adulterio, no mate, no robe, no dé falso testimonio, no codicie la esposa de otro, ni la propiedad del prójimo. Habiendo observado debidamente estos, no es llevado de inmediato, como esperaba, a los placeres de la contemplación, para disfrutar de la belleza largamente esperada de Raquel; sino que se le impone a Lía inesperadamente durante la noche, porque en las tinieblas de esta ignorancia humana se le impone la tolerancia del trabajo. Sin embargo, de ella ya recibe una numerosa descendencia, porque a través de este trabajo adquiere abundantes frutos de ganancia espiritual.

Por lo tanto, la soporta para llegar algún día a aquella que ama perseverantemente. Se le aconseja, entonces, que sude sirviendo otros siete años, porque ciertamente es necesario que conserve otros siete preceptos, pero ya algo más libre, no como un siervo bajo la ley, sino

como un yerno bajo el evangelio: a saber, que sea pobre de espíritu, sea manso, llore, tenga hambre y sed de justicia (Mateo V); sea misericordioso, tenga un corazón puro, y finalmente sea pacífico. En verdad, el hombre desearía, si fuera posible, no soportar ninguna molestia de trabajos, ni actuando ni sufriendo, sino llegar de inmediato, en los mismos rudimentos de su aprendizaje, a las delicias de la hermosa contemplación; sin embargo, esto no ocurre en la tierra de los moribundos, sino en la tierra de los vivientes; lo que parece significar lo que dice Jacob: «No es, dice Labán, costumbre en nuestro lugar entregar a las menores antes de las mayores en matrimonio (Génesis XXIX).» Y no es absurdo que se llame mayor a la que es anterior en el tiempo. En la educación del hombre, el trabajo de la buena obra es anterior al descanso de la contemplación. Completadas, por lo tanto, dos semanas, una de la antigua ley, otra de la gracia evangélica, se llega de inmediato al abrazo largamente deseado de Raquel; porque quien desee alcanzar los placeres de la contemplación divina, primero es necesario que se esfuerce por cumplir los mandamientos de ambos Testamentos.

CAPÍTULO IX. De Zilpa y Bilha.

Pero como cada elegido, no contento con el límite de su perfección, desea también engendrar hijos para Dios con fecundidad espiritual, después de que Jacob contrajo alianza matrimonial con las dos hermanas, no rehúsa recibir también a las siervas para el uso de la procreación de una descendencia más abundante (Génesis XXX), y para que todo se entienda que redunde en misterios espirituales, también los nombres de las siervas se han enunciado bajo figuras místicas. Pues Bilha se interpreta como envejecida. Ciertamente, porque el entendimiento de la sustancia espiritual no puede ser expresado con palabras desnudas por la lengua humana, a veces la doctrina de la sabiduría se esfuerza por informar al oyente a través de ciertas similitudes corporales. De la vida antigua y dedicada a los sentidos carnales, se piensan imágenes corporales: cuyo uso se asume para enseñar, cuando se escucha algo de la esencia incomprensible e inmutable de la divinidad. Por lo tanto, Raquel prefirió de alguna manera recibir hijos de la sierva, que permanecer completamente estéril; porque la doctrina de la sabiduría, o la gracia de la contemplación, a través del conocimiento de las cosas exteriores o las formas de las cosas visibles, comunica a los oyentes lo que oculta de lo invisible dentro de los secretos de la mente; y así, de algún modo, recibe hijos a través de la sierva, mientras que a través de ella, que está bajo su dominio, engendra hijos espirituales para Dios; Zilpa, por su parte, se interpreta como boca abierta.

Esta sierva, por lo tanto, figura a aquellos cuya boca está abierta en la predicación de la fe evangélica, pero cuyo corazón no está abierto. De los cuales está escrito: «Este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí (Mateo XV).» Y de los cuales el Apóstol dice: «Tú que predicas que no se debe robar, robas (Romanos II).» Sin embargo, de esta sierva, Lía recibe hijos que serán herederos de otros; porque a menudo, a través de tales predicadores, la vida activa ha adoptado muchos hijos del reino. De los cuales la Verdad dice: «Haced lo que dicen, pero no hagáis lo que hacen (Mateo XXIII).» Y el Apóstol: «Ya sea por pretexto o por verdad, Cristo es anunciado, y en esto me gozo, y me gozaré (Filipenses I).»

Pero ya basta, que hemos extendido hasta aquí la mención de la historia sagrada, pues no tenemos el propósito de exponer las Escrituras en serie. Solo hemos considerado que en estas cosas debe observarse que así como Jacob, por la sola mirada de Raquel, aceptó a todas aquellas mujeres de las cuales engendró hijos, así cualquiera que, bajo la gracia del blanqueo, desea fructificar para Dios con fecundidad espiritual, es necesario que a través de todo lo que hace, siempre tienda hacia la gracia de la contemplación.

CAPÍTULO X. De aquellos que, entregados a las vagaciones, ignoran el matrimonio espiritual.

Pero ¿qué decimos a esto, cuando vemos en la casa de Labán a algunos vivir bajo tal negligencia de torpor y desidia, que ni ambicionan la belleza de Raquel, ni tampoco parecen ejercitarse en el trabajo de Lía? Estos son, en efecto, los que, establecidos en los monasterios, ni por una vida más retirada, ni por la insistencia de la oración continua, anhelan la gracia de la contemplación, ni se castigan bajo la restricción de ayunos y diversos trabajos. Estos, claramente, o son completamente libres de matrimonios, o se contentan solo con los abrazos de las siervas, porque o disfrutan de los ocios de una inercia perezosa, o si hacen algo, no tienden a llevar el fruto de la vida activa o contemplativa, sino más bien a satisfacer el apetito de su propio juicio y voluntad.

Estos son, en definitiva, los que corren de aquí para allá con una vagación votiva continua para llevar a cabo cualquier negocio; y mientras no saben descansar, quieren parecer obedientes: y así, el mal del vicio que padecen, lo ocultan bajo el velo de la virtud. Estos, ciertamente, no se desgastan en trabajos para obedecer, sino que deliberan obedecer a sus superiores para no perder la materia de trabajar, toleran el ocio, disfrutan del trabajo; porque consideran la vagación, el descanso, y el giro de la rueda de los negocios como un placer agradable. Hay, en efecto, algunas almas paralíticas que se alegran de agitarse con frecuentes excursiones. Pues quien está constreñido por la parálisis corporal, a menudo es sacudido por la molestia de los ministros, y así se reconforta con las agitaciones. Estos, ciertamente, paralíticos espirituales, deben ser llamados unidos solo a las siervas, y por lo tanto sus hijos de ninguna manera llegan a los derechos de heredar; o si creen tener esposas libres, no siervas, como diría, quieren unir a las hijas de Labán en un orden perverso por las siervas; porque no trabajan para obedecer, sino que obedecen para trabajar. Y no como Jacob, refieren los frutos de sus obras a la vida activa o contemplativa; sino que, ya sea que demuestren algo de la vida activa en su operación, o enuncien algo de la contemplativa con palabras, no buscan en esto el fruto de la utilidad espiritual, sino que solo buscan el juicio de su propia voluntad.

CAPÍTULO XI. De los monjes que desean aprender gramática.

Para hablar con franqueza, de este número son aquellos que acuden al vulgo de los gramáticos, que, abandonando los estudios espirituales, desean aprender las necedades del arte terrenal: desdeñando, en efecto, la regla de Benito, se complacen en dedicarse a las reglas de Donato. Estos, por tanto, despreciando la pericia de la disciplina eclesiástica, y anhelando los estudios seculares, ¿qué otra cosa hacen sino abandonar a una esposa casta en el tálamo de la fe, y descender a las prostitutas escénicas? Y, para decirlo así, deleitados con los halagos de las meretrices, repudian a las libres, para, violando el pacto nupcial, unirse a las siervas. Abandonan a las esposas de Labán, es decir, a las hijas, y pasan a las concubinas de los lupanares; para que con razón parezcan ser ingeniosos en la urbanidad con las vaniloquias de Zilpa y las antiguas de Bilha. Pero tal vez objeten que se esfuerzan en las necedades de las artes exteriores para avanzar más abundantemente en los estudios divinos. Jacob, ciertamente, toleró el abrazo de las concubinas por las peticiones de sus esposas; de lo contrario, los nacidos de ellas de ninguna manera concurrirían con los demás a los derechos de herencia, si estuvieran sujetos a la infamia de una concepción adulterina. Por lo tanto, buscan y consultan sutilmente la autoridad de los Padres.

Pero si la Sagrada Escritura permite a un monje dedicarse a estas artes, que se diga ya que una esposa entrega a su sierva al uso de la prole. Pero si Gregorio, Jerónimo, y otros doctores

santos lo niegan rotundamente; sepan estos que, engañados por el amor adulterino de las concubinas, luchan pertinazmente contra el pacto conyugal sin pacto. Pues no solo se nos prohíbe dedicarnos a estas doctrinas vanas después de haber recibido el sagrado orden; sino que también se nos ordena truncar todo lo superfluo de lo que aprendimos antes. Por lo cual, por Moisés se decreta en la ley, que a la mujer capturada en la guerra, y elegida para el matrimonio del vencedor, se le corte la superfluidad del cuerpo: «Que afeite, dice, su cabello, y corte sus uñas, y deposite la vestidura en la que fue capturada, y sentada en tu casa llore a su padre y a su madre un mes; y después entrarás a ella, dormirás con ella, y será tu esposa (Deuteronomio XXI).» A la mujer, ciertamente, le afeitamos el cabello, cuando amputamos los sentidos superfluos con la disciplina racional; también le cortamos las uñas, cuando le quitamos las obras muertas de supersticiones. También se le ordena deponer la vestidura en la que fue capturada, para que se despoje de la superficie de fábulas y de cualquier ficción, y exhiba la verdad sólida de la verdadera razón.

Llora a su padre y a su madre, porque nuestra mente considera muertos a los autores de las artes liberales, y los deplora compadeciéndose de que perecieron en el error. Es costumbre de las mujeres purificarse cada mes con la efusión de su sangre: después de un mes, por lo tanto, se nos ordena entrar a esta mujer, para que, purificada de todo contagio de supersticiones, como en matrimonio, la tomemos; para que, hecha ya israelita, pase consecuentemente al matrimonio de un israelita, y rinda una fecunda prole de obras espirituales. Y todo esto, sin duda, corresponde a aquellos que en la milicia secular son instruidos en las artes de los estudios liberales: pero a quienes no se les permite hablar incluso con los huéspedes (S. BENED. Reg., c. 53), en los cuales, en efecto, se habla y se recibe a Cristo mismo: quienes no debemos abrir la boca sino para responder a una pregunta, y cuando nos alimentamos, no nos atrevemos a consultar incluso la sagrada lectura; ¿cómo se nos permite irrumpir insolentemente en los gimnasios teatrales de los gramáticos, y como entre los ruidos de los mercados, intercambiar palabras vanas con los seculares? Estas cosas hemos dicho contra los monjes implicados en las necesidades de las artes exteriores, para mostrar cuán lejos de la línea de rectitud se desvía su vanidad.

CAPÍTULO XII. De la alabanza de las lágrimas.

Además, es conveniente que cualquier hermano que haya abandonado el mundo con un corazón perfecto, desaprenda incluso lo que ya conoce, si se prueba que es nocivo, y lo entregue al olvido perpetuo, en la medida de lo posible. Que ya no sepa discutir sobre cocineros, que ignore preferir los alimentos más sabrosos a los más sencillos, que ya no maneje palabras urbanas o capciosas, que no asuma colores retóricos para el uso de una declamación resonante, que no extorsione risas a nadie con chistes y bromas. Que ame el ayuno, que ame la penuria de las cosas necesarias, que evite la vista de los hombres, que se constriña bajo la censura del silencio, que se retire de los negocios exteriores, que guarde su boca de la conversación ociosa, que busque el refugio de su mente, donde arda con todos sus esfuerzos por ver el rostro de su Creador: que anhele las lágrimas, que las lágrimas las pida a Dios con oraciones diarias. Porque la humedad de las lágrimas purifica el alma de toda mancha, y fecunda los campos de nuestro corazón para producir brotes de virtudes. A menudo, el alma miserable, como bajo la escarcha invernal, pierde sus cabellos y adornos de hojas, y al retirarse la gracia, dejada a sí misma, permanece completamente árida, y parece despojada del decoro de las flores que caen. Pero tan pronto como las lágrimas brotan por el don del inspector íntimo, de inmediato esta misma alma revive, se disuelve el frío de la pereza indolente, y como un árbol en primavera, recalentado por el soplo del Austro, se viste con el florecimiento renovado de sus virtudes.

Las lágrimas, por cierto, que son de Dios, se acercan confiadamente al tribunal de la divina audiencia, y obteniendo de inmediato lo que piden, confían en la cierta remisión de nuestros pecados. Las lágrimas son mediadoras en la paz entre Dios y los hombres, y son maestras veraces y muy sabias en cualquier duda de la ignorancia humana. Pues dudando de algo si agrada a Dios o no, nunca obtenemos mejor certeza que cuando oramos verdaderamente llorando. Entonces, en efecto, cualquier cosa que nuestra mente haya decidido hacer, ya no será necesario dudar nuevamente sobre ello. Las lágrimas, por cierto, diluyen todo contagio de inmundicias en la meretriz (Lucas VII), y otorgan a las manos impuras (Mateo XXVII), para que no solo merezcan el toque de los pies, sino también de la cabeza del Señor. Las lágrimas otorgan que el apóstol negador no solo no perezca completamente después de su caída, sino que además obtenga el principado sobre los demás senadores de la corte celestial. Las lágrimas concedieron que David, después del profundísimo abismo de adulterio y homicidio (II Samuel XII), no solo no perdiera el reino con la vida, sino que además obtuviera inamoviblemente la promesa de un heredero nacido de él, recibida con juramento, quien poseería perpetuamente el trono de su reino y los reinos de toda la tierra. A las lágrimas se les concedió que Dios omnipotente añadiera quince años a la vida de Ezequías, que estaba a punto de morir, y además liberara a él y a la ciudad de Jerusalén de las manos del rey de Asiria (II Reyes XX). Las lágrimas ciertamente concedieron a Sara, hija de Ragüel, ser liberada clementemente del vínculo de la vergonzosa afrenta, y ser destinada al tálamo de un digno esposo por el ángel (Tobías VII). Las lágrimas obtuvieron que Dios liberara al pueblo israelita del peligro común de perdición, y volviera sobre Amán la sentencia de suspensión que él mismo había preparado (Ester XIV). Las lágrimas, asimismo, concedieron a Judit cortar la cabeza de Holofernes (Judit VIII, IX), y no perder en la cámara de la lujuria el florecimiento de la castidad más pura.

¿Qué diré del centurión Cornelio (Hechos X), quien por el don de las lágrimas mereció el acceso de la visita apostólica: y abandonando de inmediato el error de la gentilidad, fue trasladado a la novedad de la regeneración cristiana? ¿Qué recordaré de Susana (Daniel XIII), quien tan pronto como recurrió al patrocinio de las lágrimas, fue inmediatamente arrebatada de las manos de quienes la llevaban a la muerte, la sentencia de condenación se volvió sobre la cabeza de los falsos testigos, y así, por el espíritu del joven, se liberó la sangre inocente? Pero si quisiera recorrer todos los dones de las lágrimas, tal vez el día se cerraría antes de que se agotara la abundancia de ejemplos. Estas son, en efecto, las que purifican el alma de la mancha de los pecados, y confirman el corazón errante en la oración. Estas son, las que del dolor engendran alegría; y mientras brotan por los ojos de la carne, nos elevan a la esperanza de la bienaventuranza suprema. No pueden ser despreciadas en su petición, las que tienen grandes voces en los oídos del Creador: las cuales, ciertamente, frecuentemente emitía a Dios, y sabía sutilmente qué podían obtener, quien decía: «Escucha mi oración, Señor, y mi súplica; atiende a mis lágrimas (Salmo XXXVIII).» Quien no pide que las lágrimas sean atendidas con los ojos, sino percibidas con los oídos, manifiestamente indica que hay voces en las lágrimas. Las lágrimas, en efecto, cuando suplican en presencia del piadoso juez, no dudan, sino que así reivindicán para sí la misericordia como si fuera algo de su propio derecho, y exultan confiadamente de haber obtenido lo que pedían.

¡Oh lágrimas, delicias espirituales, más dulces que la miel y el panal, y que todo néctar! que refrescáis las mentes elevadas a Dios con la agradable dulzura del sabor íntimo, y regáis profundamente los corazones áridos y marchitos con el sorbo de la gracia suprema. Pues los sabores y dulzuras de los manjares terrenales, aunque obsequian al paladar con su superficie, no penetran en las entrañas interiores; pero el sabor de la contemplación divina llena, vivifica y endulza todo nuestro interior. Los ojos llorosos, en efecto, aterrorizan al diablo, y así teme

el ímpetu de las lágrimas que brotan, como si huyera de la granizada de una nube tormentosa, o de la tempestad de vientos furiosos por todas partes. Pues así como el cúmulo de un torrente espumoso que llega, limpia el cauce de todas las inmundicias; así el curso de las lágrimas que fluyen elimina de la mente del que llora tanto las semillas de la astucia diabólica como todas las plagas de los vicios inmundos.

CAPÍTULO XIII. Que del amor de Dios nace la compunción, y nuevamente del compunción se aumenta el amor divino.

Pero esta agua fluye del fuego, para que quien desee que aflore la inundación de la lluvia, primero es necesario que encienda el fuego del amor divino en el horno de su mente. Lo que podemos expresar más fácilmente si recordamos lo que se dice que ocurrió históricamente en el segundo libro de los Macabeos. Dice, pues, la Escritura: «Cuando nuestros padres fueron llevados a Persia, los sacerdotes, que entonces eran adoradores de Dios, tomaron fuego del altar y lo escondieron secretamente en un valle, donde había un pozo profundo y seco, y lo protegieron en él, de modo que el lugar era desconocido para todos. Pero después de muchos años, agradó a Dios que Nehemías fuera enviado por el rey de Persia: este envió al nieto de aquellos sacerdotes que lo habían escondido, a buscar el fuego, y como nos contaron, no encontraron fuego, sino agua espesa (II Macabeos I).» En todas estas palabras, hay que atender espiritualmente a una cosa: que primero se esconde el fuego del sacrificio en un pozo alto y seco del valle, y luego no se encuentra fuego, sino agua espesa por los que lo buscan. La mente sincera y perfecta del que busca a Dios con intención no se designa incongruentemente por el pozo alto y seco del valle: que, en efecto, está seca de las fluidas voluptuosidades de las atracciones carnales, profundamente excavada de los escombros de la concupiscencia terrenal, y fundada en el valle de la verdadera humildad. A este pozo, por lo tanto, se introduce el fuego del sacrificio, cuando en la mente de cualquier elegido se concibe la llama del amor divino, y el alma piadosa se inflama hacia el deseo celestial. Pero este fuego se convierte en agua, porque de la agua del amor divino se genera la compunción de las lágrimas.

Y es de notar que no solo se menciona agua pura, sino que se dice que allí se encontró agua espesa. ¿Qué es el agua espesa sino la compunción de las lágrimas, alimentada sin duda por la grasa de la gracia divina? Con esta grasa, el Profeta anhelaba ser alimentado cuando decía: «Como de meollo y de grosura se saciará mi alma (Salmo LXII)». Y por otro profeta se promete esta misma grosura, cuando dice: «Se deleitará vuestra alma en grosura (Isaías LV)». De aquí se dice de nuevo: «Acuérdese, dice, el Señor de todos tus sacrificios, y tu holocausto sea pingüe (Salmo XIX)».

No debe pasarse por alto que, al esconder este fuego, se dice que lo conservaron, pero no que lo extinguieron por completo; porque el fuego del amor divino, que encendemos en el altar de nuestro corazón para ofrecer a Dios el suave sacrificio de las buenas obras en el inicio de nuestra conversión, debe arder siempre ocultamente en el interior, pero no expandirse hacia afuera en llamas de vana gloria. Por lo tanto, se conserva con las llamas apagadas, pero no se priva de su ardor, para que no perezca del todo, sino que después el fuego se convierta maravillosamente en agua. Esta agua, es decir, la compunción de las lágrimas, no solo nos purifica del contagio de los pecados, sino que también hace que nuestras buenas obras sean agradables a Dios. Todo sacrificio de buenas obras se vuelve más agradable ante el juicio supremo si se rocía con las lágrimas de un corazón contrito. Por eso, allí se añade adecuadamente: «Y los sacrificios que estaban puestos, el sacerdote Nehemías ordenó que se rociaran con esa agua, y la leña que estaba encima (II Macabeos I)».

Pero cuando rociamos el sacrificio de nuestras obras con el agua de la verdadera compunción, inmediatamente nuestras mentes son iluminadas por el esplendor, y todo lo que hasta entonces estaba oscuro y tenebroso en ellas se ilumina. Pues entonces un rayo de luz interior se nos revela, y todas las recónditas partes de nuestra alma son inundadas por la nueva serenidad de un resplandor gozoso. Por eso, cuando se dice: «Porque ordenó sacar y traer, y los sacrificios que estaban puestos, el sacerdote Nehemías ordenó que se rociaran con esa agua, y la leña que estaba debajo;» inmediatamente la secuencia de la historia añade: «Esto se hizo, y llegó el momento, y el sol brilló, que antes estaba nublado: y se encendió un gran fuego, de modo que todos se maravillaron (Ibid.)».

Antes escuchamos que se encontró agua en lugar de fuego, ahora, por el contrario, se dice que por la aspersión de agua se encendió un gran fuego. Por lo tanto, tanto del fuego nace el agua, como del agua se genera el fuego mutuamente. Porque, evidentemente, de la gracia del amor divino surge la compunción, y nuevamente del llanto de la compunción se incrementa el ardor del deseo celestial. Uno depende del otro y ambos se prestan mutuamente, ya que del amor de Dios fluye la compunción de las lágrimas, y nuevamente por las lágrimas nuestra mente arde más fervientemente en el amor de Dios. Y en la mente en la que se lleva a cabo esta alternancia recíproca, sin duda se purga de toda suciedad de su culpa. Por eso, allí no incongruentemente se añade al final: «Nehemías llamó a este lugar Neftalí, que se interpreta como purificación». Así que nuestro lugar donde se ofrece el sacrificio: donde se alterna la variedad de agua y fuego, como se ha dicho, es el alma fiel. Que ciertamente no incongruentemente se llama purificación; porque mientras ahora se cuece en el fuego del amor supremo, ahora se limpia con los llantos de un corazón contrito, se lava como con las aguas de un segundo bautismo.

Estas vicisitudes de sucesiones alternantes y las variedades de mutaciones espirituales Isaías las había contemplado profundamente, cuando decía: «Surgirá, dice, tu luz en las tinieblas, y tus tinieblas serán como el mediodía; y el Señor te dará descanso siempre, y llenará de esplendores tu alma, y liberará tus huesos (Isaías XVIII)». He aquí el fuego escondido en el pozo. Pero escucha cómo este fuego se convierte en agua; pues inmediatamente añade: «Y serás como un jardín regado, y como un manantial de aguas, cuyas aguas no faltan (Ibid.)». Finalmente, para que sepas que esta agua se convierte de nuevo en fuego, y por la gracia de las lágrimas se excita más fervientemente el ardor del amor divino, un poco más abajo añade: «Entonces te deleitarás en el Señor, y te elevaré sobre las alturas de la tierra (Ibid.)».

CAPÍTULO XIV. De Silvestre engañado por la inundación de lágrimas.

No creemos que deba pasarse en silencio lo que nos ocurrió aquí. Pues hasta ahora, mientras escribíamos, sobrevino la festividad del Señor, y con los asuntos emergentes, la preocupación por las cosas exteriores nos apartó de la escritura por un tiempo. Entonces, un joven llamado Silvestre, que no escribía esto dictado por mí, sino que, para dignamente alabarme, lo transcribía de las tablillas a los pergaminos, fue engañado por el arte del maligno enemigo de tal manera que rompió en lágrimas de repente, y apenas de noche o de día, salvo en las horas de sueño y comida, se contenía de la inundación de lágrimas; además, dejó completamente el vino, y se sustentaba con comida muy moderada y contenida; también apenas se permitía el sueño. Mientras tanto, el diablo le sugería que buscara el retiro de un desierto más remoto, donde rara vez o nunca viera a un hombre: y aunque le ofrecíamos la posibilidad de encerrarse, decía que no quería en absoluto ser encerrado, sino que deseaba un lugar donde, al entrar y salir, pudiera ser libre y solitario sin ser visto por nadie. Sin embargo, todos los hermanos unánimemente se oponían a esta obstinación, y afirmaban con razón que era una

artimaña y astucia del diablo. Pero él, obstinado y terco, al dar crédito a las lágrimas abundantes, permanecía irrevocable en su deseo, que había concebido por sugerencia del maligno espíritu. Creo que el antiguo enemigo, habiendo encontrado el momento adecuado para su engaño, le mostraba lo que Silvestre mismo había escrito un poco más arriba en este opúsculo: donde se dice que, dudando de algo, si agrada a Dios o no, nunca mejor obtenemos certeza que cuando oramos llorando verdaderamente. Pues no atendió a lo que se había dicho un poco antes de este versículo; que solo aquellas lágrimas que son de Dios llegan al tribunal de la audiencia; no ciertamente aquellas que son sugeridas por las artimañas del astuto insidiador.

Esto también lo pasó por alto bostezando, lo que se dijo, llorando verdaderamente. Pues no se llora verdaderamente, sino falsamente, cuando el falso llanto es inducido por el espíritu mentiroso desde el principio: pues no es diferente de lo que el bienaventurado papa Gregorio escribe en sus Morales, diciendo: «Pero estos vicios, que el antiguo enemigo oculta bajo la apariencia de virtudes, son examinados muy sutilmente por la mano de la compunción. Porque quien verdaderamente duele en su interior, prevé con fuerza lo que debe hacerse afuera y lo que no debe hacerse. Pues si la fuerza de la compunción nos afecta en lo íntimo, todo ruido de sugestión perversa enmudece de inmediato. Y si el corazón verdaderamente duele en su interior, los vicios no tienen lengua contra nosotros». He aquí que este magnífico doctor, con cuya ineptitud nuestra necedad concuerda, no dice, si el corazón duele en su interior, sino si el corazón verdaderamente duele en su interior. Para insinuar claramente que hay un dolor por el cual la mente es compungida divinamente; otro por el cual, por el engaño del insidiador, se imitan las lágrimas de un corazón contrito; unas son las lágrimas que el espíritu de mentira y error simula; otras, sin embargo, con las que el Espíritu de verdad purga la suciedad y el óxido de las almas.

Para volver al orden de la narración, porque hace tiempo se le permitió habitar en otra soledad, se cortó temerariamente a sí mismo, y también vagó errante por otros lugares: confiando únicamente en las lágrimas, no accedía en absoluto a los consejos justos: ni creía que pudiera ser engañado de alguna manera, a quien la compunción diaria inundaba con frecuentes flujos de lágrimas. ¿Qué más? El huevo que la serpiente incubaba en el nido de su pecho, finalmente se rompió en un familiar retoño. Pues pidió ver por un momento un libro muy querido para nosotros, del cual cortó furtivamente cuatro cuadernillos del medio, y ajustó las hebillas a la medida del libro, para que no sospecháramos tal cosa, con la mayor precisión: luego, aterrorizado por el aguijón de la conciencia, para no ser encadenado, de pie ante la puerta de la celda, amenazaba con infligir una herida con un cuchillo a sí mismo o a otros, si alguien lo tocaba. Entonces quedó claro que tales lágrimas no descendían del rocío celestial, sino que sin duda brotaban de la sentina del tártaro. Esto, hermanos míos, nos hemos preocupado de narrarles, no para exagerar la infamia del hermano delincuente, sino para que siempre se esfuercen por tener cautela incluso en las cosas buenas.

CAPÍTULO XV. De los diversos oficios del monasterio; primero del abad.

Aquí es conveniente esbozar brevemente los diversos oficios del monasterio, y exponer someramente lo que conviene observar a cada uno de sus administradores. En primer lugar, venerable abad, haz tú mismo lo que ordenas, practica lo que predicas, cumple lo que mandas; que tu vida no esté en discordancia con tu lengua, que tus obras no parezcan discordar de tus palabras, ni que la autoridad del que preside enseñe una cosa y la operación del que vive muestre otra. Sal rara vez, para que puedas regar continuamente la semilla de la palabra que has sembrado. No sea que el frecuente ir y venir te haga parecer un huésped del monasterio, sino que la prolongada gravedad de tu estancia muestre que eres más bien un

habitante y un doméstico. Que el ayuno recomiende al que predica la abstinencia, y que las sentencias del que habla no sean impugnadas por la garganta del que come. Pues la mano enseña mejor la sobriedad cuando se lleva a la boca con moderación, que si la lengua del que come lo dice. Por cierto, es una predicación muy viva y eficaz en las mentes de los discípulos: que uno empuje la boca a las mesas, pero que el que empuja permanezca en el rigor del ayuno. Así, mientras amenazas, mientras sacudes al culpable con terrores, vuelve los ojos a ti mismo, considera la medida de la fragilidad humana, y medita sutilmente que también tú podrías ser reprendido si hubiera un censor presente: y no te sorprendas si algún sujeto, al transgredir, no cumple todos tus mandatos, ya que la fragilidad de la condición humana es tal que incluso los miembros de tu propio cuerpo no pueden obedecer en todo. Para que lo que decimos sea claramente evidente, ordena a tus ojos que no les invada la acedia; a tu corazón, que no pierda las fantasías de las cogitaciones; indica a los genitales la castidad, para que no los titille alguna vez el incentivo de la lujuria; a la gula la sobriedad, para que no ansíe alimentos más exquisitos; finalmente, a todo el cuerpo en conjunto, para que no se exponga a las enfermedades que irrumpen. Y cuando hayas probado claramente que puedes exigir esto de ti mismo, pero no puedes lograrlo del todo, ¿qué maravilla si en aquellos que están separados de ti en personas y costumbres no puedes encontrar una obediencia perfecta en todo? Ciertamente, si consideras esto en ti mismo con solícita meditación, soportarías con ecuanimidad el exceso de la debilidad fraterna. Si acaso se añade alguna extensión del patrimonio, si se ve que hay abundancia, si se aumenta la casa de Dios, no lo atribuyas a tus méritos o esfuerzos, sino únicamente a los beneficios divinos. Revoca, pues, ante tus ojos los tiempos cuando eras privado, y recuerda que de ninguna manera te habían sucedido estas cosas.

Por lo tanto, es evidente que no se te confiere a ti, sino a la Iglesia de Cristo, lo que tú sin Él no pudiste alcanzar. No rehúyas cenar en la mesa de los hermanos, no te deleiten los banquetes privados: y con quienes compartes la mesa del altar, no los juzgues indignos de compartir también contigo en los alimentos corporales. No sea que la ausencia genere la sospecha de que comes en privado, de donde tu fama también sufra por la perdición de los murmuradores o detractores. No te preocupes mucho por lo precioso que sea lo que llena la letrina, sino más bien por aquello de donde la caridad fraterna en Cristo se consolide por el vínculo del amor mutuo.

No malgastes los bienes del monasterio, ni quieras captar el favor propio de la popularidad a costa de la utilidad común. Pues si creemos que los pecados de los que enriquecen las Iglesias son perdonados, también debemos creer sin duda que los que las disminuyen y dilapidan son atados con los graves lazos del sacrilegio; y de ahí son estos pecadores culpables, de donde aquellos son encontrados absueltos de los lazos de los pecados. Ten cuidado mientras te rodeas de los servicios de los parientes, mientras te deleitas suavemente con las palabras de los que asienten, no sea que, Dios no lo quiera, la misma prelación en tu mente, o la reverencia otorgada, te seduzca, y la mala cogitación te adule, como si fueras digno de haber llegado a esto. Pues el mayordomo, cuanto más feliz es en la posesión más amplia que se le confía, tanto más es miserable en la rendición de cuentas; y tanto más debe dar cuando rinde, cuanto más se gloria de recibir en abundancia. Ciertamente, es muy de temer lo que se dice (S. BEN. Regla, c. 2 y 64): «Porque el abad habrá de rendir cuentas de todas las almas que le fueron confiadas, además de la cuenta de su propia alma». Pensemos, pues, cuánto conviene ahora que esté aterrorizado por el temor, quien en el terrible juicio viene a su discusión ya fatigado por las cuentas ajenas; pero como al doctor le corresponde más enseñar que aprender, estas pocas cosas le basten a él, quien, estando constituido para decir las suyas, tal vez desprecia escuchar las ajenas.

CAPÍTULO XVI. Del prior del monasterio.

El prior del monasterio administra diligentemente su oficio de priorato de esta manera, si no discrepa de la voluntad de su abad, si confirma los ánimos de todos los hermanos, en cuanto a él le es posible, en el sincero amor del mismo abad. José, puesto al frente de la casa de su señor (Génesis XXXIX), no quiso finalmente atraer hacia sí el deseo de la esposa ajena, sino que enseñó a permanecer en el amor de su propio marido. Aquel noble siervo de Abraham, para proveer esposa a su señor con sincera fe (Génesis XXIV), como hombre esforzado, pasa por alto todo el oficio de humanidad que se le ofrece: se olvida de su trabajo y de tan largo viaje, para que todo lo que hace en la expedición lo haga solo para su señor. Pues así como el abad debe provocar a los hijos al amor de Cristo por todo lo que hace; así también el prior, para que no se genere, Dios no lo quiera, celosía, debe esforzarse por fomentar unánimemente a los hermanos en el amor de su abad. No se muestre, pues, manso en las culpas de los delincuentes, para que no haga parecer cruel al abad; sino que así, en ausencia de este, redarguya las cosas malas, para que él, al regresar después, descanse como en el seno de un puerto tranquilo, en la alegría de los hermanos espirituales que se regocijan.

Por lo tanto, mantenga una censura rigurosa en la corrección de los transgresores, y no permita que en él se enfríe la disciplina acostumbrada del propósito regular. Que él sea rígido en la justicia, para que el abad pueda parecer piadoso en la mansedumbre; que él insista en exigir, para que haya algo que el abad pueda perdonar con piedad paterna. Moisés, como fiel siervo, entregó los preceptos de la justicia desnuda; pero Cristo, como verdadero Señor piadoso, templó la dureza de la ley austera. Aarón, sin embargo, que se mostró como tratable al pueblo prevaricador, junto con él fabricó ídolos para los ritos sacrílegos. Así como el velo se colgaba ante el arca del pacto, así el prior debe ser como una especie de cobertura del abad para los asuntos exteriores. Pues él, siempre expuesto a los polvos que se levantan del camino del mundo, debe enfrentarlos; este, como el arca del Señor, debe perseverar siempre en la pureza de su resplandor. Aquel, hecho como Aarón la boca del abad, hable al pueblo; este, como Moisés, disfrute de los divinos coloquios en lo que concierne a Dios. Ambos, pues, concurriendo en la unidad del espíritu, nutran tal descendencia para Dios, si es posible, a la que ninguna posteridad suceda en el derecho de la herencia celestial.

CAPÍTULO XVII. Del señalador de las horas.

Sepa el señalador de las horas que a nadie más que a él le es más necesario evitar el olvido en el monasterio. Pues si la hora de cualquier sinaxis no mantiene su momento, ya sea anticipada o retrasada, sin duda perturba todo el orden de las horas siguientes. No se dedique, pues, a las fábulas, no mezcle largas conversaciones con nadie, ni indague lo que se hace en el mundo; sino que, siempre atento, siempre previsor, y siempre solícito en el cuidado que se le ha confiado, medite siempre el curso de la esfera voluble que no conoce descanso, el tránsito de los astros y el paso del tiempo que se escapa. Además, que se acostumbre a la salmodia, si desea tener el conocimiento diario de discernir las horas: para que, cuando la claridad del sol o la variedad de las estrellas no se vean por la densidad de las nubes, se mida a sí mismo como un reloj en la cantidad de salmodia que haya retenido. En verdad, la costumbre de que los hombres se congreguen en la iglesia cuando se tocan las campanas, descende de la mística tradición de la antigua ley, cuando el Señor ordena a Moisés: «Hazte, dice, dos trompetas de plata batida, con las cuales puedas convocar a la multitud, cuando los campamentos deban moverse: y cuando toques las trompetas, toda la multitud se congregará ante ti a la puerta del tabernáculo del pacto (Números X)». Pues así como entonces el pueblo israelita acudía al tabernáculo con las trompetas, así también ahora el pueblo fiel se apresura a la iglesia al escuchar el sonido de las campanas.

Ni esto es diferente de lo que se dice que los campamentos se mueven, ya que los campamentos se conocen como pertenecientes a la preparación para la guerra. Por eso, poco después se dice: «Si salís de vuestra tierra contra los enemigos que luchan contra vosotros, tocaréis las trompetas ululantes, y será recordación vuestra ante el Señor vuestro Dios, para que seáis librados de las manos de vuestros enemigos (Ibid.)». Pues nos dirigimos a la batalla como si fueran campamentos, cuando, por así decirlo, nos apresuramos a la iglesia para salmodiar o orar. Allí, los príncipes de las tinieblas luchan ferozmente contra nosotros, para desviar las mentes errantes de lo que fluye por los labios mediante ilusiones de fantasmas. Y en verdad, ¡qué hermosa es la apariencia de la milicia, especialmente en las horas nocturnas, cuando los hermanos, como si fueran despertados por el sonido de las trompetas, forman un escuadrón, y como si marcharan en línea recta, avanzan atónitos al combate del divino certamen! Cuando, por ejemplo, el ala de los niños precede, y la turba de los jóvenes, como manojos, sigue; pero los ancianos, leyendo las huellas, custodian la retaguardia de todo el ejército, para que no se hunda nadie, para que ningún enemigo furtivo se infiltre.

Adde, quod una linterna se lleva al frente de la batalla, de modo que parece ser una columna de fuego que guía al pueblo a través del desierto, en una similitud muy adecuada. Así, ciertamente, las centurias de Cristo se apresuran a comer el maná celestial; así, las legiones verdaderamente israelitas se apresuran a obtener la tierra que mana leche y miel. Pues al sonar las trompetas, se apresuran al tabernáculo del pacto, para comer allí el banquete de la palabra celestial, ofrecer el sacrificio de alabanza a Dios y cumplir los votos de buena voluntad. Por eso, no es inapropiado que se añada: «Cuando, dice, tengáis un banquete en los días festivos y las Calendas, tocaréis sobre los holocaustos y las víctimas pacíficas; para que sean en memoria de vuestro Dios (Num. X).» En estas y otras palabras similares, el encargado de las horas debe advertir prudentemente cuán vigilante y solícito debe ser siempre en el ministerio asignado, para que no confunda las disposiciones de su orden por su negligencia. CAPÍTULO XVIII. Del lector de la mesa.

El lector de la mesa debe considerar con atención cuán distintamente, cuán claramente y cuán inteligiblemente debe leer. Pues mientras se alimentan los cuerpos, él ofrece alimento a las almas. Dijo el Apóstol: «La comida es para el vientre, y el vientre para las comidas; pero Dios destruirá a ambos (I Cor. VI).» Por otros se ofrece comida a los cuerpos, que pronto se convierte en putrefacción; por él se ministran las palabras divinas, que no pasarán aunque pasen el cielo y la tierra. Así, pues, debe leerse de modo que mientras la carne se restaura con su sustento, el alma también se sacie con los banquetes celestiales.

Por tanto, léase no para el lector, sino para el oyente; y no busque el lector su propia fama, sino que procure más bien la edificación ajena. No se preocupe de lo que se diga del lector, sino de lo que se pueda entender de la lectura. A los que comen también se les debe sugerir que la sobriedad modere la comida, de modo que el ruido de las mandíbulas no obstruya el paso de los oídos. Así, la mano, mediadora entre la boca y la mesa, debe moverse moderadamente, y debe contenerse bajo el freno de la gravedad, para que mientras se traga la comida terrenal, el alma hambrienta no se vea obligada a ayunar de los manjares divinos.

CAPÍTULO XIX. Cuánta discreción debe tener el celador.

El celador, puesto que está constituido como el padre del monasterio, debe desempeñar el oficio que se le ha confiado con tal arte de dispensación, que al abrir su mano la cierre, y al cerrarla la abra discretamente; de modo que en él la generosidad sea parca y la parquedad

generosa. Es sumamente necesario evitar que la parquedad se confunda con la avaricia y la generosidad con la prodigalidad. A menudo, el vicio se disfraza con la apariencia de virtud, y cuanto más se percibe como bueno lo que es malo, más difícil es corregirlo. Un buen administrador dispensa así las necesidades de los cuerpos, que también cuida la salud de las almas; porque al ser parco nutre la sobriedad, y al ser generoso impide que surja el vicio de la murmuración. A menudo, como dice un hombre muy prudente, la liberalidad perece por la liberalidad, y cuando se distribuyen indiscriminadamente bienes a quienes no los necesitan, después no se tiene para dar a los verdaderamente necesitados.

Por tanto, debe negarse lo superfluo a los nuestros, para que quede algo con lo que se pueda ejercer la caridad hacia los extraños. Nehemías, al recibir a los que venían de las naciones a su mesa (II Esdr. V), considera inhumano no ahorrar para sus propios rebaños; y así, modera la necesidad de los suyos con los estipendios, para extender el oficio de la caridad también a los extraños. Tobías, aunque sufría tal pobreza que su esposa tuvo que trabajar en un telar para ganarse el sustento (Tob. II), dividió lo poco que tenía para ofrecer algún consuelo a sus hermanos cautivos. El peregrino no permitió que la piedad se alejara de él, y aunque pobre en bienes, no perdió las riquezas de la caridad opulentísima. Abigail, al sustraer parte de un magnífico banquete (I Reg. XXV), desvió la espada de David que se apresuraba a vengar la afrenta de su marido; y así, al robar bien la comida a los suyos, salvó la vida de los extraños al ministrarles. Pablo también aconseja que cada uno reserve lo que le plazca el primer día de la semana, para que la gracia de los corintios pueda ser enviada a los santos necesitados de Jerusalén (I Cor. XVI). Así, debemos ministrar a los nuestros el sustento diario, recordando que, si la capacidad lo permite, también debemos socorrer a los extraños en necesidad. Sea el dispensador de la Iglesia, no un aceptador de personas, sino un considerador de las debilidades; no un captador de gracia, sino un sustentador de la debilidad ajena, para que iguale a los necesitados con igualdad, y a quienes la diversidad de fragilidad separa, la moderada dispensación de la administración también los distinga. Así se elimina toda semilla de escándalo, si a cada miembro se le imparte no lo que la voluntad ambiciona, sino lo que la necesidad exige.

CAPÍTULO XX. Admonición a los niños.

Por otra parte, ya que abrazamos todo el cuerpo de este santo cenobio con los brazos extendidos del amor fraternal, consideramos oportuno distinguir también los momentos de las edades, y adaptar a cada miembro las vestiduras de las admoniciones correspondientes. Así, para comenzar con los principiantes: debéis ser instruidos, oh niños, porque ahora vuestra edad es de cera: y así como aún sois tiernos en la pequeñez de vuestros miembros, también sois flexibles a las diversidades de los hábitos. Cuanto más lejos estáis de las ramas de la letra pitagórica, tanto más fáciles sois de dirigir hacia la derecha o de torcer hacia las inclinaciones de la izquierda. Pero si en manos del alfarero la figura incurre en un defecto de lesión, a menos que se corrija de inmediato, una vez endurecida como piedra, no se cura. Si una ramita que crece desde la raíz se tuerce por cualquier ocasión, nunca vuelve a la rectitud si permanece mucho tiempo en la misma torcedura; y porque se considera indigna de ser un asta, se destina como alimento a las llamas devoradoras.

Tened cuidado, pues, de que ningún vicio crezca con vuestro cuerpo, para que no se endurezca en vosotros la nodosidad de cualquier depravación; sino que seáis vasos hechos no para deshonor, sino para honor, y en la casa del Señor preparados para toda buena obra. Claramente, si queréis brillar con la probidad de los adultos, y, lo que es imposible para otros, abundar en virtudes sin el tedio del trabajo, desde ahora tomad las armas de la sobriedad y luchad con todas vuestras fuerzas contra las tentaciones ardientes de la carne. En el mismo

inicio de vuestro aprendizaje, prometió una victoria segura con Dios de vuestro lado, y con el estandarte de la cruz al frente, iniciad audazmente la lucha inflexible contra los espíritus adversos. Pisotead el orgullo, refrenad la ira, quebrantad la envidia, que la lengua mantenga la censura del silencio, que la meditación de las Escrituras extinga el prurito de la gula; que así como la lengua no profiere la detracción, tampoco el oído la condene al no escucharla. «No os mezcléis, dice Salomón, con los detractores, porque de repente vendrá su perdición, y ¿quién conocerá la ruina de ambos? (Prov. XXIV)» Tanto del que detrae como del que presta oído al detractor: y ciertamente no se debe detraer, pero tampoco se debe ocultar el pecado del hermano a quien debe corregirlo.

Esto, a menudo, es más fácilmente descubierto por los niños, ya que en ellos no se sospecha ni el conocimiento ni la denuncia. José acusó a sus hermanos ante su padre de un crimen muy grave (Gen. XXXVII); pero de donde entonces soportó su odio, después obtuvo sobre ellos el principado de la dominación. Ajimás y Jonatán, escondidos junto a la fuente de Rogel, llevaron el mensaje al rey David para que huyera rápidamente de Absalón (II Reg. XVII): y esto lo hicieron Abiatar y Sadoc por medio de sus hijos, lo que no podían hacer por sí mismos. A menudo, por los más jóvenes se descubre una culpa que los mayores corrigen saludablemente. No discutáis ya, siendo mayores, sobre los méritos de vuestros superiores que quizás vivan mal, y no observéis por qué camino andan, sino en lugar de quién están, obedecedles humildemente en Cristo. Porque tuvimos padres de la carne, como dice el Apóstol, que nos educaron, y los reverenciábamos, ¿cuánto más obedeceremos al Padre de los espíritus, y viviremos? (Hebr. XII.) Samuel fue instruido por Elí sobre qué responder al Señor que lo llamaba (I Reg. III); y él, aunque obedeció humildemente a un sacerdote reprobado, recibió inmediatamente el oráculo de la revelación divina. El espíritu maligno atormenta al soberbio Saúl, y David no rehúsa servirle tocando la cítara (I Reg. XVI).

Para que podáis extinguir los ardores de la lujuria, evitad los estímulos de la gula como si fueran estopa, nafta, pez y teas. Porque quien apareció como el cuarto entre los tres jóvenes abstinentes en el horno de fuego (Dan. III), también os ministrará el refrigerio de su espíritu como un viento de rocío. En todo, pues, despojaos de los juguetes de la infancia lactante, y dedicad al Señor los rudimentos de vuestro aprendizaje por la nobleza de la ingenuidad. Seguidle a Él como guía en las pruebas de las tentaciones, buscadle a Él como guardián en la paz de la prosperidad. Armados con las invencibles armas de las virtudes, decid unánimemente a Cristo, vuestro defensor: «Juzga, Señor, a los que me dañan, combate a los que me combaten; toma el escudo y la armadura, y levántate en mi ayuda (Sal. XXXIV).» Él os hará vencedores por su poder, llevándoos a la perfección del hombre, a la medida de la plenitud de su edad. Él os dará a pisar con plantas triunfantes las cervices de vuestros enemigos. Leed también la carta que dirigimos a nuestro hermano Marino.

CAPÍTULO XXI. Exhortación a los jóvenes y adolescentes.

Vosotros, jóvenes adolescentes, vosotros también, jóvenes en la pubertad, necesitáis tanto más de los auxilios de las exhortaciones cuanto más duras son las batallas del incendio carnal que soportáis. En vosotros, ciertamente, todo el ímpetu hostil se lanza en línea recta, sobre vosotros recae toda la fuerza de la guerra. Sobre vosotros caen densas granizadas de toda clase de dardos, y con los espíritus inicuos aglomerados contra vosotros, os asaltan las más turbulentas tempestades de los vicios de la carne. Arde, arde en vuestros huesos la guerra, y como un Vesubio o Etna errante, el horno de vuestro cuerpo vaporoso eructa globos de llamas. Por lo tanto, es necesario que cuanto más intensamente sois atacados, tanto más robustamente os esforcéis en la custodia de vuestra defensa. Además, es necesario que se esfuercen en lanzar dardos aquellos que no cesan de vibrar dardos, y que sientan las heridas

aquellos que anhelan infligirlas. Pues o se debe hacer huir, o se debe huir; o se debe dar la espalda, o al contrario, se debe hacer retroceder. Tal es esta lucha, que quien no derriba, es derribado, y quien no vence gloriosamente, es vencido vergonzosamente. En todas partes hay peligro, mientras el ejército enemigo rodea, se agrega la cuña de los ciudadanos disidentes; y mientras la línea de batalla se dirige a la lucha, los accesos del campamento son abiertos por los ciudadanos sediciosos. Los vicios que están dentro de nosotros concuerdan con los tentadores en la tentación, y administran fuerzas a los espíritus inicuos.

Por tanto, amadísimos, tomad las armas de la sobriedad, la humildad, la paciencia, la obediencia, la castidad, la caridad y todas las virtudes, y luchad no por campos y ciudades, no por hijos o esposas, sino por vuestras almas, que superan todo afecto de parentesco. Especialmente para que vuestra edad sienta la fuerza, debéis ayunar y orar; para que el ayuno dome la fuerza de la carne, y la oración eleve el alma a Dios. Sin embargo, se debe notar que algunos, al realizar el ayuno indiscretamente, no obtienen el fruto del ayuno; y lo que ayunan un día, al día siguiente se sacian a su antojo. Así sucede que el día de ayuno milita contra el siguiente, y mientras apenas hoy se digiere la comida externa, con el estómago vacío se consume al día siguiente la abundancia del banquete, y mientras se busca algo singular y más exquisito, no sin el tedio de los ministros, se cuidan todos los secretos de las despensas. Por tanto, ayuna bien quien en el día de la refección se contenta con los alimentos comunes, si es que, al no diferenciarse en el tipo de comida, tampoco excede la medida de los que comen diariamente. Sin embargo, no dando demasiado valor a los ayunos, no abandonéis la obediencia, que es el camino dorado al cielo.

Diré no lo que he conocido por relato ajeno, sino lo que he visto con mis propios ojos. Había en Pomposa un hermano llamado Raimbaldo, hermano del venerable Pedro, quien ahora ejerce el oficio de abad en Vicenza. Este, pues, solía domar su juventud con frecuentes ayunos, y como en los primeros auspicios de una índole famosa, daba ejemplo en muchas cosas. Se le había encomendado el oficio de servir a un teutónico recluso, que, habiendo perdido los ojos y la mano derecha, vivía una vida ardua junto a la iglesia. Era regla del monasterio que nadie de los claustrales hablara al salir. Sin embargo, cuando Raimbaldo, estando en el capítulo, se quejaba gravemente de que no podía mandar a los niños inexpertos por señas para que lavaran las vestiduras del siervo de Dios, y especialmente para que le prepararan alimentos, finalmente afirmando y denunciando que, a menos que rompiera el silencio, no podría cumplir los mandatos: por el contrario, el santo varón, el abad Guido, se oponía vehementemente a que se rompiera el silencio, y permanecía firmemente en la sentencia de su autoridad; finalmente, después de mucho, se llegó a que se le ordenara cesar en la administración y descansar. Pero, ¡oh severidad acelerada de la divina venganza! Apenas transcurrida media hora, Raimbaldo, con el dedo sobre el dolor en la garganta, lamentablemente protestó que había sido golpeado. ¿Qué más? Después del tercer día, si lo recuerdo correctamente, habiendo hecho satisfacción y recibido la bendición del santo Padre, murió.

Esto, amadísimos, os lo hemos relatado como algo doméstico, para que recordéis que la santa obediencia no debe ser descuidada por la confianza en ninguna obra piadosa o religiosa. Sed además, en las batallas de vuestras tentaciones, solícitos, vigilantes por todas partes, circunspectos por todas partes, para que la hora de la tentación pase, y no se lleve a cabo lo que se sugiere en el pensamiento. A menudo, en las batallas seculares, sucede en un momento lo que después no puede ser corregido en ningún espacio de tiempo. Por el contrario, quien evita el golpe de una herida, en un breve instante gana un aumento de vida duradera. Sabéis vosotros mismos de lo que hablamos: a menudo alguien cae de repente en el abismo del pecado, lo que le obliga a llorar durante todo el tiempo de su vida. En todo momento de

tentación, pues, se debe atender solícitamente para que la tentación misma no llegue a su efecto: porque si se difiere la mala acción por un breve instante, se escapa; y mientras el golpe momentáneo, por así decirlo, se desvanece, se conserva después una vida intacta.

CAPÍTULO XXII. De los novicios.

Aquellos que se convierten recientemente al orden de la religión deben ser advertidos para que emprendan primero las batallas contra la gula; para que, mientras el vientre se ve obligado a someterse a las leyes de la sobriedad, también se modere la llama de la lujuria en lo que está bajo el vientre. Refrene la lengua no solo de las palabras ociosas, sino también de la conversación con los hermanos, para que tanto más libremente se ejercite en las oraciones o alabanzas divinas, cuanto menos la fatiga la verbosidad vacía con las vueltas de las ambages. Que el ojo desgaste el pavimento con miradas asiduas, que la mente se eleve al cielo por la máquina del deseo ardiente. Que ambas sustancias consideren su origen, para que la carne no dude de que es polvo, y el alma, elevada a lo que perdió, suspire siempre con deseo anhelante e infatigable. Que la escasez de vestiduras raídas y ásperas las haga más llevaderas; que el frío recomiende las vestiduras humildes y despreciadas. Que el lecho duro suavice el sueño admitido rápidamente y dilatado por mucho tiempo. Pues quien solo piensa en la cantidad de descanso concedido, no se preocupa por la suavidad del lecho; ni anhela nadar en plumas colgantes como Sardanápalo, quien, ansioso, pasa las noches en vigilias con Macario. Que se evite el público, que se huya de la vista de los hombres. Que se exploren los rincones, que se penetren los escondrijos de los lugares más apartados. Pues las oraciones furtivas hacen violencia al cielo y arrebatan la indulgencia, mientras frecuentemente en las tinieblas se inundan de luz celestial. Que a las injurias no responda una voz injuriosa, sino que la modestia del que responde endulce la amargura del que injuria; o si esto no se puede obtener fácilmente, para que la disputa no se desborde fatalmente, que al menos la censura del silencio refrene la lengua del iracundo. Pues a menudo, cuando los vientos furiosos soplan, el barco se hunde; pero si se baja el mástil, todo el ímpetu de los vientos se disipa en vano. Pues la flecha del insulto no encuentra blanco cuando la mente del insultado se deposita inclinada en la humildad. Que el novicio intente a menudo cosas mayores, para que las menores se hagan fáciles en comparación.

Lo que deseo decir es esto. A menudo se bebe agua turbia o tibia con este propósito, para que, despreciada la concupiscencia del vino, se juzgue suficiente solo el agua clara o fría. A menudo se presenta pan de cebada, para que, al apetecer el común, no se busque el de trigo. Quien después de un colchón no se satisface con una manta, podrá satisfacerse con cualquier paja si antes ha rozado el pavimento desnudo con sus costados. Quien después de la carne nauseabunda el aceite, para que el licor sobrio sepa suavemente a sus fauces, viva algún tiempo de legumbres saladas. Quien se deleita con el inusual placer de montar, que se recoja en las estrecheces de su celda, y después considere el claustro del monasterio como un foro. Quien después de la suavidad de la piel de marta o de zorro desprecia la de oveja, si se viste de birros, no distinguirá si se calienta con pieles extranjeras o domésticas. Pues Moisés, para que se contente con el simple alimento del maná, y no desee sentarse con los demás israelitas sobre las ollas de carne (Exod. XXIV), ayuna en el monte durante dos cuarentenas de días sin comer ni beber. Los hijos de los profetas, para no rechazar cualquier verdura, no rehúsan cortar en la olla las amarguísimas coloquintidas (IV Reg. IV). Daniel, obligado a vivir entre las fauces rabiosas de los leones, aprendió después a no temer las insidias de los hombres perversos (Dan. VI). Nabucodonosor, al soportar la locura de un animal bruto, al recorrer los densos bosques y selvas como una bestia, es formado para no enorgullecerse de la dignidad del imperio real (Dan. IV). David, al ser arrojado de la altura del trono real por su propio hijo, es instruido para no vengarse de Semei, un hombre extraño (II Reg. XV, XXIII). Isaías,

después de andar desnudo y descalzo durante tres años, es de creer que después no buscó vestirse con superfluidades o con ropas suaves (Isai. XX).

Quisquis, por lo tanto, desea hacer más fácil para sí mismo el ejercicio de cualquier trabajo, que lo aborde sin temor y se atreva a intentar cosas más elevadas; de modo que la aspereza suavice la aspereza, y, por así decirlo, las ortigas se consideren tolerables en comparación con los cardos o zarzas espinosas. No decimos esto para que alguien no deba comenzar con lo más pequeño; sino más bien para que, al intentar lo más difícil, estas mismas cosas pequeñas se hagan más ligeras por comparación. Que también el novicio, que intenta lo arduo y emprende un camino estrecho, se esfuerce en esto: que cuando comience a sentirse sobrecargado más allá de sus fuerzas, regrese de inmediato a la amplitud. Pues si una aguja se clava violentamente en algo duro, a menos que se retire con discreción, es necesario que se rompa por la fuerza; pero si el zapatero la empuja y la retira al modo de los zapateros, penetrará fácilmente cualquier solidez que se le oponga. Así también nosotros, al inicio de nuestra conversión, mientras a veces nos esforzamos, a veces nos relajamos, a veces insistimos violentamente a través de lo duro, a veces nos relajamos, poco a poco se abre el camino, de modo que todo lo que se oponía se atraviesa con naturalidad. CAPÍTULO XXIII.

Tampoco debo pasar por alto a ustedes, santos ancianos, a quienes es necesario ser tanto más cautelosos en la batalla cuanto más ven que el mismo fin de la lucha se acerca para ustedes. Por lo tanto, es evidente que si ahora pierden, no podrán recuperar los títulos de la victoria perdida. Ahora, por lo tanto, que el ánimo ferviente se caliente para actuar con valentía, y que la fuerza senil conciba vigor juvenil para derrotar la barbarie de los vicios. Ya, de hecho, están poniendo el pie en el umbral del municipio; ya se acercan a las puertas que median hacia el ocio de la más feliz tranquilidad.

Por lo tanto, que se deseche la desidia, que se deposite la inercia, y que la memoria de un largo trabajo ya pasado no retraiga a aquellos a quienes la oferta de la recompensa ya invita a los ojos de la pena sujeta. El buscador de oro, cuanto más profundamente excava las venas de la tierra, tanto más robusta y fervientemente se prepara para completar la obra que resta. Ni el trabajo pasado debilita tanto las fuerzas como la esperanza del tesoro ya cercano provoca el entusiasmo por extraer el escombros. En vano anhela el desayuno quien se apresura como padrino a la fiesta nupcial. Pues he aquí que los toros evangélicos y las aves cebadas han sido sacrificados, y todo está preparado; además, la voz del pregonero: «Venid, dice, a las bodas (Mat. XXII).» ¿Por qué, entonces, desea anticipar los placeres quien se acerca a las delicias nupciales? ¿Por qué quiere eructar antes de sentarse a la mesa? ¿Por qué se sacia con las algarrobas de los cerdos quien se apresura a las fiestas de los ángeles? ¿Por qué no se abstiene ahora de toda saciedad hambrienta de sus placeres, a quien espera la suma y perfecta bienaventuranza de la gloria celestial? ¿Por qué no refrena ahora su lengua de fábulas y vanas palabras, quien contempla la Palabra misma, por la cual fueron hechas todas las cosas (Juan I), en la más presente contemplación perpetua? ¿Por qué no se aparta de la vista de los hombres por la censura de la disciplina, quien se dirige a la corte del eterno emperador y de los senadores celestiales? ¿Por qué teme cubrirse con vestiduras ásperas quien ha de ser vestido con la estola de la inmortalidad?

Por lo tanto, no nos desagrade ayunar de todas las delicias del mundo, para que merezcamos abundar en las copiosas delicias celestiales, no sea que nuestra mente se adhiera a las criaturas, sino que anhele más bien los abrazos del Creador. Pues quien viniendo de lejos se acerca a los umbrales de la corte, es acusado de insensatez si, atento a las obras, no anhela ver el rostro del rey; ni la debilidad del cuerpo agotado debe romper la esperanza de actuar con

valentía, porque si el espíritu está presente en el corazón, consecuentemente también las fuerzas de los miembros son administradas por las entrañas. Por lo tanto, Caleb, porque había cumplido fervientemente los mandamientos de Dios, decía vigoroso con fuerza juvenil: «Hoy tengo ochenta y cinco años, tan fuerte como cuando fui enviado a explorar: la fuerza de aquel tiempo permanece en mí hasta hoy tanto para luchar como para caminar (Jos. XIV).» Esto es, tanto para resistir los vicios como para aumentar en buenas obras a través del camino de la religión. Y en el Deuteronomio: «Moisés, dice, tenía ciento veinte años cuando murió; su ojo no se oscureció, ni sus dientes se movieron (Deut. XIV).» De aquí también, que en la bendición de Aser él dice: «Hierro y bronce son sus sandalias; como los días de tu juventud, así también tu vejez (Deut. XXXIII).»

No queráis, por lo tanto, amadísimos, como si ya estuvieran extinguidos los vicios con los ayunos o vigiliass, en cuanto sea posible, deponer las armas: no queráis, mientras aún corréis en el estadio, como si ya estuvierais seguros, ceder a los placeres seductores. Pues es familiar a los ancianos ayunar, y aunque la debilidad a menudo desee alimentos, la voluntad innata de la naturaleza concuerda con el ayuno y la sobriedad. Berzellai el Galaadita es invitado al descanso: «Ven, dice el rey David, para que descanses seguro conmigo en Jerusalén (II Reg. XIX).» Pero él opone el estupor de la vejez y excusa el placer de las comidas reales: «¿Acaso, dice, mis sentidos están vigentes para discernir lo dulce de lo amargo, o puede deleitar a tu siervo la comida y la bebida? ¿O puedo escuchar más la voz de los cantores o cantoras?» (Ibid.). De donde se deduce cuán tranquilo, cuán ciertamente bien educado fue este anciano. Pues, ¿cómo no sería él dueño de su casa, si, contento con la escasez, desprecia las delicias de la mesa real cuando es invitado? ¿Cómo se deleitaría en pronunciar palabras ociosas o aptas para la risa, quien también desdeñaba escuchar con oídos castos las voces ajenas de las melodías? Y quien allí tampoco quiso deleitarse, donde a veces se tocaban los instrumentos de los salmos, ¿cómo podría haber descansado donde resuenan los juegos y danzas de los actores?

Ciertamente hay algunos ancianos, que no deben ser pasados por alto, que incluso después de haber llegado al orden de la religión, se ocupan tanto de cuentos fabulosos, que son nocivos para sí mismos y parecen delirantes para los oyentes. Pues a veces tejen fragmentos de historias, a veces relatan edictos o victorias de antiguos reyes: y así consumen el día en la recitación inapropiada de cuentos de ancianos. Así sucede que, a través de la lengua dedicada a Dios, que no ocupan oraciones saludables, se recitan ridículamente anales vanos y supersticiosos: quienes, al saciar su lengua con los dañinos manjares de las fábulas, porque la verbosidad siempre es enemiga del ayuno, tampoco castigan su vientre con el digno moderación de la sobriedad.

Tenemos, por último, a un anciano, en el monasterio de Sitria, llamado Mainardo, a quien, cuando aún estaba vestido de seglar, le amonesté para que se hiciera monje, y como siempre había sido verboso y mordaz, erguido en cierto modo en tipo de respuesta contenciosa: «He aquí, dice, mis sirvientas me cuidan y atienden con diligencia diaria por todas partes, y así apenas puedo subsistir de alguna manera; ¿cómo, entonces, podré emprender el camino del instituto espiritual, quien sin ninguna carga de disciplina apenas puedo sostenerme a mí mismo al menos con los pies?» Sin embargo, poco después, no sé por qué medios, he aquí que se hizo monje: quien, ya anciano y débil, comenzó con tanto fervor, que se convirtió en un milagro para los hombres ancianos y maduros de sano consejo, y en burla para los jóvenes inestables y lascivos del monasterio. Quienes, ciertamente, lacerándolo con detracciones y mordaces palabras, nunca pudieron desviarlo de su rigor propuesto, de modo que aún cada día completa cuatro salterios, y asimismo pasa cuatro días por semana sin ningún alimento ni bebida tanto en verano como en invierno. Sin embargo, aún conserva de su antiguo hábito

que dedica cada mes de tal manera que en la primera semana de cada mes, excepto el domingo o el jueves, no come en absoluto: y ya, si no me equivoco, lleva doce años en el hábito de la sagrada conversación, y aquí, de hecho, en el convento de los hermanos.

Hay también otro encerrado dentro de los muros de una celda, a saber, Leo de Prezza, a quien recordamos haber mencionado brevemente en otras obras de nuestra dictación: un hombre tan decrepito, que recuerda la muerte de aquellos a quienes apenas precedió en el nacimiento: y con quienes envejeció viviendo juntos, es anciano. Este, por lo tanto, en la gravedad de un cuerpo tan agotado y tembloroso, nunca bebe vino excepto en dos o quizás tres festividades principales del año. Nunca come antes de la hora nona, excepto los domingos; en dos días de la semana, cuando vive más indulgentemente, no admite más que un solo guiso. Así se dispone el orden de su oración, que cada día, ya sea en verano o en invierno, completa un salterio con cánticos y letanías antes de las vigiliat nocturnas de la Iglesia: el segundo salterio lo canta desde el crepúsculo del alba hasta la hora sexta por los difuntos con nueve lecturas, y el tercer salterio con Gloria lo concluye de nuevo al final del día que se avecina.

Tiene, además, esta gracia, que nunca pude encontrar en ningún hombre de cuanta perfección, a saber, que nunca se le interpone un pensamiento mientras salmodia: y tal pureza de corazón prevalece en él, que sin ninguna molestia resistente no piensa en absoluto nada que disuene de la boca del salmista. También es muy admirable que nunca sus ojos sean abatidos por el tedio de la acedia. Añade también que, aunque por la oscuridad de la vejez no puede discernir el rostro de un hombre, distingue y lee las letras; cada día recorre el salterio dos veces leyéndolo.

Esto también es asombroso, que estando dentro de la celda, donde ciertamente hay una luz tenue, distingue el artículo de la escritura letra por letra; pero al salir, donde hay una mayor capacidad de ver, no reconoce los caracteres. Así, al preguntarle sutilmente muchas veces, él mismo lo ha confesado. Ya no soporta combates de la carne, ni sufre vagaciones de la mente ni por un momento. Crucificado, por lo tanto, para este mundo, ya casi no siente las cosas humanas, sino que vive todo sin levadura, todo sincero, como para decirlo, vive como un ángel.

He aquí, amadísimos, aunque hay muchos ejemplos, he propuesto solo dos, uno de vida común, el otro de vida solitaria. De los cuales se deduce claramente que donde el ardor del espíritu ferviente ha encendido, la edad senil no se adormece en el estudio de la buena obra (Hebr. XII): sino que así como el espíritu vivaz lleva al correr a la serpiente que se apoya solo en las costillas, no en los pies; así el amor divino impulsa los miembros seniles a través del estudio de la milicia espiritual. Pues quienes aún no tenemos una ciudad permanente, sino que buscamos la futura (Gen. VIII), no debemos esperar descanso aquí en ninguna edad: en este mundo, de hecho, los justos trabajan en el mar, donde los impíos poseen su descanso. Esta diversidad, de hecho, la significan bien el cuervo y la paloma enviados desde el arca (Deut. V). Pues el cuervo, posado en los cadáveres, no regresó a las puertas del arca; pero la paloma regresó, porque no encontró donde reposar su pie. Aquí, de hecho, donde los malvados se sacian con placeres carnales, los hombres santos no pueden encontrar donde poner el pie de su deseo para descansar. De aquí también, que quien es hallado culpable de pecado, se ordena por los mandamientos de la ley que sea castigado con cuarenta azotes. Pues el número cuarenta comprende por misterio todo este tiempo en el que la santa Iglesia, difundida por las cuatro partes del mundo, vive bajo el Decálogo de la ley. Por lo tanto, somos azotados con el número cuarenta cuando en este tiempo somos castigados con los azotes de la penitencia. Por lo tanto, cada pecador, ya sea anciano o joven, debe ser castigado temporalmente para que pueda ser hallado purificado en el juicio. Pues allí ninguna

adversidad del alma podrá afligir a aquellos que aquí, de cualquier edad o condición que sean, han sido golpeados por la disciplina de la perfecta penitencia.

CAPÍTULO XXIV. Donde exhorta a todos en común al estudio de la caridad.

Ahora, hermanos amadísimos, os hablo a todos en general (Philip. II); os conjuro a todos por aquello en lo que se dobla toda rodilla, el nombre de Cristo. Perseverad en la caridad fraterna, conspirad unánimemente en el estudio del amor mutuo contra las insidias del antiguo enemigo (Gen. VI). Toda la máquina de vuestra santa operación se erija sobre las bases de la caridad; todo el edificio que construís se una con el cemento de la sincera dilección de los vivos ladrillos de las virtudes. Pues la voz divina ordenó que el arca, que contuvo ocho almas entre las aguas del cataclismo, fuera revestida de betún por dentro y por fuera. La santa Iglesia, que se dirige a la gloria de la resurrección, así se reviste de betún por dentro y por fuera: para que tanto exteriormente se muestre en la dulzura fraterna, como interiormente se adhiera en la verdad del amor mutuo. Pues quien ama interiormente, pero exteriormente discorda de los hermanos por la inconsonante aspereza de los modales, tiene betún por dentro, pero no por fuera. Y quien se muestra exteriormente afable, simula amistad, pero en el oculto corazón no conserva la verdad de la amistad, condenablemente se abre por dentro, aunque exteriormente se adhiera con la simulación del betún superpuesto. De los cuales, de hecho, ninguno se salva del naufragio diluvial, porque no está protegido con el doble betún de la caridad, como fue divinamente ordenado.

Pero quien se muestra amable por fuera y conserva el amor por dentro, exteriormente exhibe frutos de beneficio con las ramas de la palabra; interiormente arraiga profundamente, porque ama de corazón; este, de hecho, se reviste de betún por dentro y por fuera (Gen. VI), porque se une con el doble cemento de la caridad con los prójimos. Además, porque se ordena que el arca se haga primero de maderas pulidas, y luego se revista de betún; de qué manera deben pulirse vuestras maderas y ser labradas con el hacha de la penitencia y la disciplina, lo hemos descrito en parte arriba: ahora, para que se añada el betún a la estructura compacta, por la exigencia de la razón consecuente lo aconsejamos. Pues mientras los modales de los hombres son ásperos e incultos, en vano se les aplica el cemento de la caridad, porque pronto se separan entre sí, ya que no se mantiene en ellos la igualada confederación de la moralidad pulida.

Sed, por lo tanto, pulidos por la disciplina del ejercicio espiritual, sed revestidos de betún por la concordia de la caridad fraterna. Sin embargo, esta confederación no podrá concordar perfectamente, a menos que el arca se complete en un codo, es decir, cuando muchos se propongan como uno en lugar de Cristo. Pues la unidad hace que muchos concuerden entre sí, para que las diversas voluntades de los hombres concurren en el vínculo de la caridad y en la unanimidad del espíritu común.

Por lo tanto, amadísimos, si deseáis concordar mutuamente en la caridad de Cristo, obedeced atentamente de corazón humilde a quien os preside en lugar de Cristo. No haya entre vosotros ese charlatán Cam (Gen. IX), que denuncie las vergüenzas desnudas del padre, que divulgue la obscenidad de la ofensa paterna. Quien, de hecho, entre dos hermanos en medio, no sea contado en las primicias de los israelitas, ni merezca lugar en la plenitud de las naciones (II Reg. XX). No haya allí quien, despreciando al pastor, busque al mercenario, quien escuche las voces de los extraños, quien juegue con los martillos en el horno del odio de la discordia, quien divida el reino de Israel por la siembra del cisma. No hay, dice, parte para nosotros en David, ni herencia en el hijo de Isaí. Pues las abejas solo fabrican miel en común mientras perseveran bajo un solo príncipe. Las grullas también, según su nombre, solo concuerdan en

línea mientras, siguiendo a uno, no confunden el orden de las letras por ambos lados. Roma, tan pronto como fue fundada, no pudo tener dos hermanos como reyes al mismo tiempo: por eso, los primeros muros de la estructura naciente los dedicó con parricidio. En el vientre de Rebeca, que concibe, Jacob y Esaú, aunque aún no visten más que las entrañas maternas, ya como si estuvieran armados, libran batallas (Gen. XXV).

Por lo tanto, que el rector abraza y cuide a los hermanos como hijos; para que también a él se le tribute como a un padre por parte de los hijos. Es conocido aquel dicho del orador Domicio (CIC. lib. II De orat., en el prólogo): «¿Por qué, entonces, he de tenerte como príncipe, si tú no me tienes como senador?» No para que esto sea juzgado por los discípulos espirituales, sino para que se quite la ocasión de murmuración a los débiles. Que ame a todos, para que con justicia sea amado por todos. Así, por lo tanto, pastor y ovejas (I Juan IV), líder y tropas de soldados se unan en un solo espíritu en el ejercicio de las virtudes: para que la caridad, que es Dios, tenga el principado de la unidad indivisa en ellos. He aquí, amadísimos Padres y señores míos, reprimo el artículo del estilo que corre hacia ustedes, porque sé que lo que se escribe es inculto y rústico: para que lo que se desprecia con razón por falta de condimento de sal, al menos se recomiende por el compendio de la brevedad. Por lo tanto, os ruego que quienes alguna vez coméis altramuces después de las delicias marinas, no despreciéis mirar de alguna manera este pequeño escrito después de los sagrados volúmenes.

320 ESCOLIOS.

Pero Pedro lavó las impurezas de las bodas con la sangre del martirio. No pienses que el santo doctor vitupera de alguna manera las bodas, que se sabe que fueron honradas por el Señor Cristo con el honor del sacramento; de donde también aquella de Pablo: «Honroso es el matrimonio en todos, y el lecho sin mancilla (Hebr. XIII).» Pero el mismo beato Damián en sus escritos, cuando se presenta la ocasión, alaba las bodas, especialmente en el libro V, epístola 11, a los clérigos de Faventia. Por lo tanto, él entiende las impurezas de las bodas como aquellas que alguien contrae por ocasión de la vida conyugal: en la cual, como los hombres suelen dedicarse menos fervientemente a las cosas divinas, y por eso dice el Apóstol: «Pero el que está casado está preocupado por las cosas del mundo, cómo agradar a su esposa, y está dividido (I Cor. VII).» Y como más a menudo incurren en los tropiezos de pecar en vano, no es de extrañar que contraigan impurezas, y por eso estén obligados a expiarlas.

Bendito sea el nombre del Señor.